

EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 193 *Editorial*

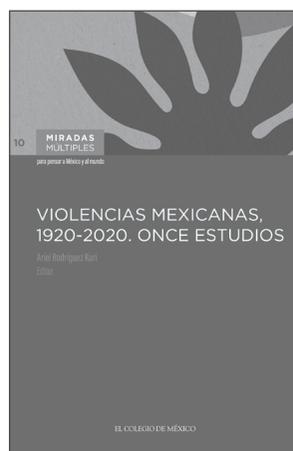
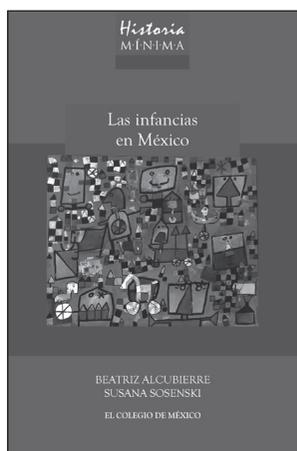
JULIO-SEPTIEMBRE DE 2024



**SILVIO
ZAVALA**

FUNDADOR, HISTORIADOR,
MAESTRO

NOVEDADES EDITORIALES



El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho Ajusco 20,
Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Ciudad de México
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
o correo electrónico: elibro@colmex.mx

Í N D I C E

Presentación

■ 2

Silvio Zavala:
fundador, historiador, maestro

■ *Clara E. Lida* ■ 4

Silvio Zavala (1909-2014)

■ *Andrés Lira* ■ 6

Los primeros trabajos de Silvio Zavala en
El Colegio de México

■ 9

Una visión del Colmex a veinticinco
años de su fundación

■ *Silvio Zavala* ■ 18

Silvio Zavala y el quehacer
histórico en México

■ *Luis González* ■ 22

Silvio Zavala, primer historiador
de la América hispano-indígena

■ *François Chevalier* ■ 30

La *Revista de Historia de América*
como laboratorio de prácticas

■ *Alexandra Pita González* ■ 36

Ojeada a la historia de México

■ *Silvio Zavala* ■ 41

EL COLEGIO DE MÉXICO, A.C., Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Tlalpan, Ciudad de México, Tel. 555449 3000, ext. 3077

Presidenta SILVIA E. GIORGULI SAUCEDO ■ Secretario general VICENTE UGALDE SALDAÑA ■ Coordinadora general académica ANA COVARRUBIAS VELASCO ■ Secretario académico PATRICIO SOLÍS ■
Secretario administrativo ADRIÁN RUBIO ■ Directora de publicaciones GABRIELA SAID ■ Coordinadora de producción editorial CLAUDIA PRIANI ■ Editor ULISES MARTÍNEZ FLORES ■
Corrector ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■ Coordinador de diseño PABLO ANDRÉS REYNA LEÓN ■ Coordinador de promoción y ventas JULIO LEGORRETA BALBUENA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 193, JULIO-SEPTIEMBRE DE 2024

Impresión: Jair Gerardo Seres Hernández, ubicados en Esmeralda 100-303, col. Valle Escondido, 14600, Tlalpan, Ciudad de México, México.

Formación y diseño de portada: ROSALBA ALVARADO PÉREZ

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.

Presentación



Hace diez años, el 5 de diciembre de 2014, falleció el doctor Silvio Zavala, a los 105 años de edad. Fundador del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México en 1941 y presidente de la institución entre 1963 y 1966, en 1981 fue nombrado profesor emérito de El Colegio, primero en recibir este reconocimiento. Fue miembro de El Colegio Nacional (desde 1947), de la Academia Mexicana de la Historia (desde 1941) y de la Academia Mexicana de la Lengua (desde 1976). Su obra se cuenta por centenas de libros y artículos.

A él dedicamos este número del *Boletín Editorial* de El Colegio de México, a partir de la recuperación de diversos textos. Comenzamos con dos breves semblanzas escritas por sendos discípulos de don Silvio: los doctores Clara E. Lida y Andrés Lira.

Continuamos con los primeros años de Silvio Zavala como miembro de la comunidad de El Colegio de México, registrados a partir de una selección de la correspondencia que don Sil-

vio mantuvo meses después de fundado el Colmex con su presidente, don Alfonso Reyes, en particular sobre su primera tarea central en la institución: la fundación del Centro de Estudios Históricos (CEH). Una segunda etapa fundamental en sus aportaciones a la construcción de El Colegio, cuando tuvo la responsabilidad de conducirlo como su presidente, la recogemos con la publicación de su discurso a propósito de los 25 años de vida del Colmex.

Seguimos con dos visiones de su obra, publicadas en 1989 en la revista *Historia Mexicana* del CEH, cuando don Silvio se convertiría en octogenario. Los autores de estos textos son los historiadores Luis González y González y François Chevalier. Especial énfasis ponemos en la que fue una de sus principales aportaciones al estudio de la historia: la fundación y conducción de la *Revista de Historia de América*, para lo cual reproducimos el ensayo “La *Revista de Historia de América* como laboratorio de prácticas”, escrito en 2021 por la actual directora de esta legendaria revista, la doctora Alexandra Pita González.

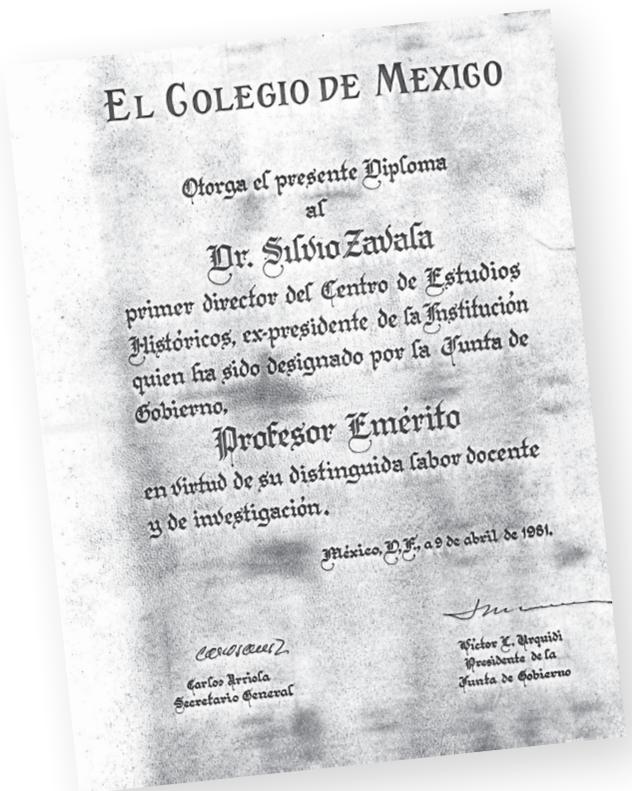
Y concluimos este *Boletín* con un breve texto de don Silvio escrito en 1955 y publicado en *Historia Mexicana* un año después: “Ojeada a la historia de México.” 

Silvio Zavala: *fundador, historiador, maestro***

Silvio Zavala, nacido en Mérida, Yucatán, el 7 de febrero de 1909, y fallecido en la Ciudad de México en 2014, dos meses antes de cumplir 106 años, fue un gran historiador mexicano, maestro de varias generaciones de reconocidos estudiosos de la historia del mundo americano. Además, destacó como impulsor, fundador y director de instituciones académicas y culturales, entre las cuales sobresale la fundación del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, el 14 de abril de 1941, exactamente diez años después de la proclamación de la Segunda República española, en la que el propio Zavala se formó como historiador de la época colonial. Años después, a comienzos de 1963, siendo delegado de su país ante la UNESCO desde 1956, fue nombrado presidente de ese mismo Colegio que él había ayudado a fundar, frente al cual estuvo hasta 1966, cuando fue nombrado embajador en Francia, lo cual lo alejó de México por varios años. Durante su presidencia se crearon el hoy Centro de Estudios de Asia y África, que sería el primero en su género en el mundo hispánico, y el Centro de Estudios Económicos y Demográficos, años después dividido en dos.

* Es profesora-investigadora en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.

** Tomado de la sección "Historia oral. Ochenta años de El Colegio de México", de la página institucional de El Colegio de México.



Así, durante su larga vida, Silvio Zavala supo conjugar el servicio a su país, tanto dentro como fuera, con el trabajo del historiador, pero también, aunque de manera discontinua, con una indudable vocación docente. Si bien Zavala desempeñó cargos públicos, advirtió que el intelectual no se debe someter al poder, aun estando muy cerca de él, y que su obligación primera es defender su propia



Leopoldo Zea y Silvio Zavala en 1947. Foto: Galería fotográfica del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.

independencia, sin concesión a las presiones y seducciones que el poder político suele ejercer sobre individuos e instituciones culturales y académicas.

Como estudioso, Zavala transitó por temas diversos, desde el vasto territorio de la filosofía moral de los humanistas e ilustrados europeos hasta las ideas políticas de los socialistas y liberales del siglo XIX; desde indios y africanos hasta encomenderos y esclavistas; desde reformadores tolerantes hasta sus eternos enemigos. En este variado y rico universo no podía faltar el interés por el estudio social del lenguaje y sus transformaciones, así como por la palabra como vínculo fundamental de los individuos en sociedad.

Silvio Zavala también fue un verdadero maestro. Quienes fuimos sus alumnos conocimos al profesor cuya exigencia primera era el análisis riguroso del documento, la comprensión de los contextos, y el conocimiento y valoración de las diversas visiones historiográficas con sentido crítico, selectivo y analítico. Su magisterio consistía también en mol-

dear la vocación del estudiante, abriéndole nuevos horizontes y forjando palmo a palmo su formación intelectual. Fue respetuoso de quienes siendo sus alumnos éramos ajenos a sus temas y rara vez encontramos maestro más respetuoso de la vocación y de los intereses distintos y distantes.

A lo largo de su vida Silvio Zavala recibió numerosas distinciones en su país y en el extranjero. Destacaron doctorados *honoris causa* y nombramientos en Academias de la Historia de diversos países y el Premio Nacional de Historia. En 1993 recibió el Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales, otorgado por primera y única vez a un historiador latinoamericano (El Colegio de México lo recibiría en 2001). Este último reconocimiento fue la culminación de una vida excepcional de pasión y compromiso intelectuales con la historia, con la institución que ayudó a fraguar, con su país y con su mundo. Todo ello sin abandonar su amor por su lejana provincia natal, cuyo particular acento lo acompañó hasta su muerte .

Silvio Zavala

(1909-2014)**

Silvio Arturo Zavala Vallado nació en Mérida, Yucatán, el 7 de febrero de 1909, y falleció en México, D.F., el 4 de diciembre de 2014, poco antes de cumplir 106 años. Segundo de seis hermanos, hijos de una ilustre familia yucateca, hizo los estudios primarios y secundarios en su ciudad natal, donde inició la carrera de Derecho (1927-1928), que continuó en la Universidad Nacional de México (1929-1931) y que terminó en 1933 en la Universidad Central de Madrid, a la que llegó como becario del gobierno español en 1931 cuando se proclamó la República. De estos años datan sus primeras publicaciones, en las que muestra interés por el Derecho constitucional y una clara percepción del momento político. En 1932, obtuvo la licenciatura con la memoria “El Tercero en el Derecho Mejicano” y, en 1933, el doctorado en Derecho con la tesis “Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España (Estudio histórico-jurídico)”, bajo la dirección del jurista e historiador de la civilización española Rafael Altamira. Ambos estudios se publicaron en España y, posteriormente, en México.

Hasta 1936 trabajó en la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos de Madrid, que dirigía Ramón Menéndez Pidal. Ahí

convivió con destacados filólogos e historiadores, y publicó sus primeros libros: *Las instituciones jurídicas en la conquista de América* y *La encomienda indiana* (1935), al tiempo que abordaba otros temas relacionados con la historia de las ideas y de las instituciones que daría a conocer en sucesivas publicaciones.

A fines de 1936 regresó a México. Convencido de la necesidad del estudio de la historia del Nuevo Mundo en el amplio contexto de la historia universal, se procuró los medios para continuar sus investigaciones y para formar investigadores. Viajó a Estados Unidos, donde estableció relación con Lewis Hanke y con otros historiadores. En 1938 fundó la *Revista de Historia de América* (que dirigió hasta 1965), en la que aparecieron estudios de autores reconocidos y trabajos de jóvenes historiadores formados en México.

Siendo secretario del Museo Nacional, Silvio Zavala logró que la Universidad Nacional Autónoma de México becara a estudiantes de diversas carreras para adiestrarlos en las tareas de la investigación histórica, pero el intento fracasó, pues los becarios, interesados en estudios profesionales, no perseveraron en el empeño. El lugar y los medios para lograrlo los ofreció El Colegio de México, fundado en 1940 como sucesor de La Casa de España en México, creada en 1938 para acoger científicos y humanistas de la República Española. Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, presidente y secretario de la institución,

* Es profesor-investigador en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.

** Publicado en la revista *Hispanic American Historical Review*, vol. 95, núm. 3, agosto de 2015, pp. 498-502.

siguiendo el plan propuesto por Silvio Zavala, acordaron el establecimiento del Centro de Estudios Históricos, que inició labores el 14 de abril de 1941 bajo un programa que exigía plena dedicación de alumnos hispanoamericanos, a quienes se formaría en historia universal e historia de América, y se les dotaría de destrezas para que indagaran la historia de sus países, aprovechando archivos, bibliotecas y repositorios que tuvieran a su alcance.

En compañía de María Castelo, Silvio Zavala recorrió distintas partes del país para conocer archivos y bibliotecas, elaboró informes sobre los repositorios documentales que visitó, estableció relaciones con quienes cultivaban la historia y atrajo a jóvenes interesados en el programa del Centro de Estudios Históricos. Posteriormente, en 1944, ambos viajaron a Buenos Aires becados por la Comisión Nacional de Cultura Argentina y por la Fundación Rockefeller, y recorrieron diversos países de Hispanoamérica (Argentina, Paraguay, Chile, Perú, Ecuador, Colombia, Costa Rica, Guatemala, Cuba y Puerto Rico). El viaje fructificó en el conocimiento de los archivos y repositorios, en el diagnóstico de posibilidades y problemas de la investigación histórica y en la atracción de jóvenes que se formarían como historiadores en El Colegio de México en tres promociones (1941-1944, 1943-1946 y 1946-1949). A todos se les exigió la entrega de trabajos de fin de cursos —algunos se publicaron como artículos y capítulos— y tesis de maestría, que en su momento aparecieron como libros.

La historia institucional que cultivó Silvio Zavala exigía una visión comparativa de las sociedades del Nuevo Mundo. Esta visión le permitió notar similitudes y diferencias, críticas, impugnaciones y propuestas sobre lo que era y sobre lo que debía ser la apropiación de los recursos y el dominio sobre los naturales de América, así como fracasos y logros en el orden justo, como lo advirtió al estudiar la obra de Vasco de Quiroga, inspirada en la *Utopía* de Tomás Moro, cuando publicó ediciones críticas de importantes autores del siglo XVI, y en estudios esclarecedores como *Servidumbre natural y libertad según los tratadistas de los siglos XVI y XVII* (1944) y *La filosofía política de la conquista de Amé-*

rica (1947), hasta llegar a visiones de América en los siglos XVIII y XIX.

El gran proyecto de Silvio Zavala fue la historia del trabajo de los indios, como se llamó a los naturales del Nuevo Mundo. El problema aparece ya en sus primeros libros y cobró entidad propia después de su llegada a México, en los años treinta. Fue entonces cuando emprendió, junto con María Castelo, la recopilación y publicación de las *Fuentes para la Historia del trabajo en Nueva España (1575-1805)*, ocho tomos que aparecieron entre 1939 y 1946, al tiempo que publicaba artículos sobre “Los trabajadores antillanos en el siglo XVI”, los esclavos indios en Nueva España, estudios de largo alcance como “Orígenes coloniales del peonaje en México” (1944) y otros circunscritos a épocas y lugares determinados de Hispanoamérica. La dimensión del problema le exigió un gran esfuerzo en materia de recopilación y organización de fuentes en México, e hizo lo propio para América del Sur, lo que le permitió dar a conocer documentos para el estudio de *El servicio personal de los indios en el Perú* (tres tomos relativos a los siglos XVI, XVII y XVIII, publicados en 1978, 1979 y 1980) y otras regiones de Hispanoamérica. Zavala abordó momentos y relaciones determinados en libros de diversa extensión y en numerosos artículos. Entre 1984 y 1996 aparecieron ocho volúmenes de *El servicio personal de los indios en la Nueva España*, que abarcan todo el periodo colonial, de 1521 a 1821. En dichos tomos organizó los materiales reunidos a lo largo de muchos años, orientando al lector mediante extensas introducciones en las que distinguía la evolución general del régimen de trabajo y las empresas en las que se ocupaba la actividad de aquellos trabajadores remunerados, a diferencia de los esclavos (de los que se ocupó en un libro, *Los esclavos indios en Nueva España*, publicado en 1968, así como en diversos artículos y capítulos). Silvio Zavala tuvo el cuidado de hacer referencia a otros estudios y testimonios para que los lectores pudieran aprovechar el esfuerzo de tantos años dedicado a la historia del trabajo en Nueva España.

No quedó ahí el empeño del investigador: también le interesaba aprovechar las posibilidades de la historiografía contemporánea en la visión com-

prehensiva de América. Para ello procuró también espacios y medios. De 1947 a 1965 presidió la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que acogió el Programa de Historia de América. Desde ahí convocó a historiadores angloamericanos, europeos e iberoamericanos, cuyos trabajos se fueron dando a conocer en sucesivas publicaciones. Zavala asumió la coordinación de la época colonial, de la cual abarcó los aspectos geográficos, económicos, sociales, políticos y culturales. El resumen del Programa de historia de América apareció en 1961 y la versión más ambiciosa y acabada en 1968, bajo el título *El mundo americano en la época colonial*, dos volúmenes en los que se halla la exposición de visiones logradas y que dan cuenta de los avances historiográficos en los temas tratados.

En ese esfuerzo del investigador estaba también la experiencia del funcionario y representante de México en instancias internacionales. En 1937 y 1938, Zavala fue secretario del Museo Nacional de México; de 1946 a 1954, director del Museo Nacional de Historia, en el Castillo de Chapultepec; consejero cultural de la Embajada de México en Francia (1956-1958) y delegado permanente de México ante la UNESCO (1956-1963). En 1963 regresó a El Colegio de México, que presidió hasta 1966. Como presidente, afirmó la vocación internacional de la institución y, además, estableció la Sección de Estudios Orientales en el Centro de Estudios Internacionales, para acercar los programas docentes y de investigación a sociedades geográfica y culturalmente lejanas. Dicha sección daría origen al Centro de Estudios de Asia y África. La visión universal de la realidad, propia de una institución dedicada a las humanidades y a las ciencias sociales, se fortaleció bajo la presidencia de Silvio Zavala, empeñado en atraer a profesores y estudiantes de diversas partes del mundo para hacerlos participar en los distintos centros de estudios que se iban formando. En 1981,

Zavala recibió el nombramiento de Profesor Emérito de El Colegio de México. Fue el primero de la institución en la que había fundado y dirigido el primer centro de estudios.

En el servicio exterior se desempeñó nuevamente de 1966 a 1975 como embajador de México en Francia. Tuvo que alejarse entonces de la vida académica, sin abandonar por ello la investigación y la enseñanza. Impartió regularmente cursos anuales en El Colegio Nacional, del que fue miembro titular desde 1947, y publicó libros y artículos. Cuando se retiró, en 1975, “volvió a sus papeles” de historia del trabajo y escribió en los periódicos para defender el patrimonio urbano y cultural del país. Participó en foros y actividades, lo que afirmó el reconocimiento y agrandó el número de premios y distinciones que recibió. Destacamos dos: el Premio Nacional en Artes y Literatura en 1968, y el Premio Príncipe de Asturias, en 1993.

Atento al paso de los años, Silvio Zavala dio cuenta de su biobibliografía en sucesivas ediciones (El Colegio Nacional, 1982, 1993 y 1999); donó su biblioteca al Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México y su archivo personal a la Biblioteca del Instituto Nacional de Antropología e Historia, para asegurar su conservación y utilidad. Oportunamente dispuso lo necesario para el descanso de sus restos. Murió con la tranquilidad del hombre previsor, dueño de su experiencia.

Quien quiera asomarse a la trama de esa vida intelectual, puede consultar tres libros publicados recientemente por El Colegio de México: *Fronteras conquistadas. Correspondencia Alfonso Reyes/Silvio Zavala, 1937-1958* (1998), *Primeras jornadas, 1931-1937* (2009) y *Exilio político y gratitud intelectual. Rafael Altamira en el archivo de Silvio Zavala, 1937-1946* (2012), y adentrarse en los documentos de su archivo, abiertos a la consulta pública. 

Los primeros trabajos de Silvio Zavala en El Colegio de México*

Apenas fundado El Colegio de México, don Alfonso Reyes se dio a la tarea de incorporar a sus actividades al historiador Silvio Zavala, quien tenía poco tiempo de haber regresado de España con vasta experiencia y conocimientos que pudo aportar a nuestra naciente institución. Este Boletín Editorial recupera los pasos iniciales de Silvio Zavala en El Colegio a través de la correspondencia que, entre octubre de 1940 y diciembre de 1941, intercambiaron don Alfonso y don Silvio.

Silvio Zavala se incorpora a El Colegio de México

México, 8 de octubre de 1940

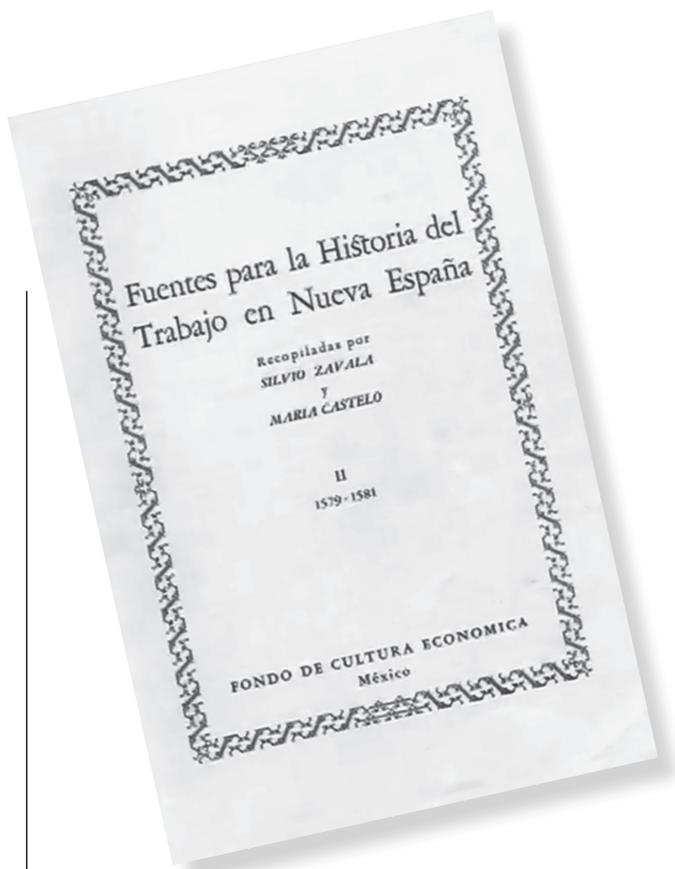
Lic. Alfonso Reyes
Don Daniel Cosío Villegas

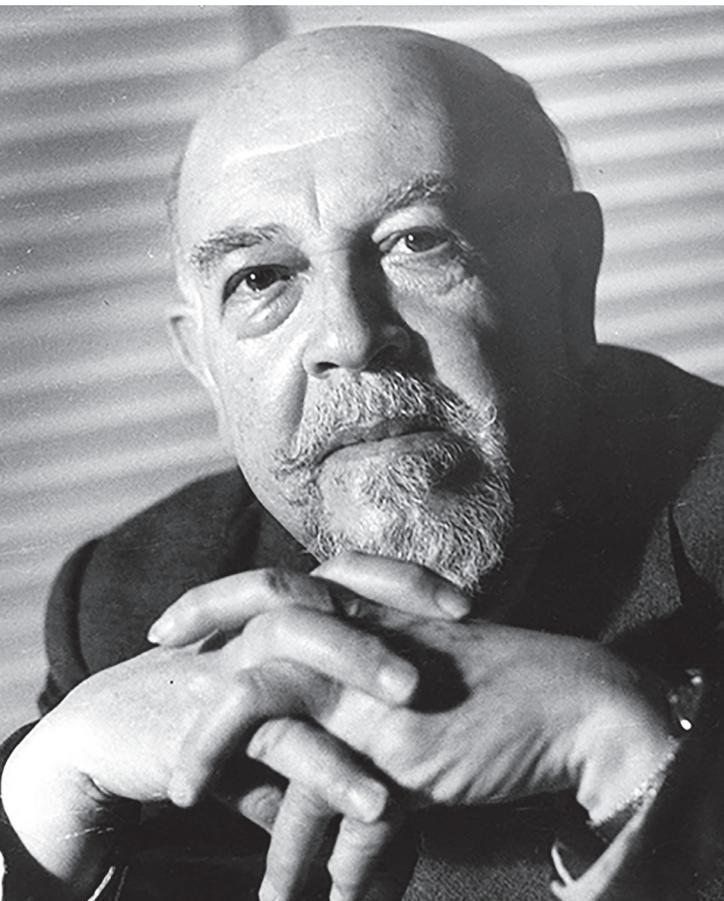
Distinguidos amigos:

De acuerdo con las conversaciones que hemos tenido, reitero a ustedes mi ofrecimiento de cooperar en los trabajos de investigación y enseñanza que desarrollará el centro o Colegio de México.

En la línea de investigación, ofrezco terminar la preparación y edición de las *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España*. Asimismo, concluiré mi obra relativa a *Los esclavos indios en Nueva España*. Seguiré acumulando materiales para la redacción definitiva de mi *Historia del trabajo de los indios en la Nueva España*.

* Textos tomados de *Fronteras conquistadas. Correspondencia Alfonso Reyes-Silvio Zavala*, Alberto Enríquez Perea (comp.), México, El Colegio de México, 1998.





Don Alfonso Reyes, fundador de El Colegio de México.
Foto: Archivo Histórico de El Colegio de México.

La obra de enseñanza o seminario podrá llevarse a cabo en el centro o institución que ustedes consideren conveniente, bajo el rubro de “Instituciones coloniales de España en América”. Puedo distribuir el curso en un primer periodo relativo a la conquista, desde el punto de vista orgánico y de historia de las ideas. Continuaría con la exposición de las instituciones, especialmente las sociales y de convivencia hispano-india, durante el periodo colonial. Finalmente, abordaría aspectos de la cultura alcanzada dentro de aquella sociedad, cuya génesis y estructura habrían sido explicadas en los periodos previos.

Inútil es repetir que, para el buen éxito de esta labor docente, considero indispensable la cooperación de otros especialistas en metodología, historiografía, ciencias auxiliares de la historia, idiomas (particularmente el latín), etcétera.

Asimismo, necesitaremos algunos libros esenciales y pequeñas ayudas para obtener fotocopias de documentos que serán examinados en el curso o que servirán de base para emprender nuevas investigaciones.

Me es particularmente grato poder unir mi esfuerzo al de ustedes en una obra que promete ser de consecuencias benéficas para la cultura mexicana.

Su amigo y servidor,

Silvio Zavala

México, D.F., a 11 de octubre de 1940

Sr. Don Silvio Zavala
Tonalá, 278. Depto. 4
Ciudad

Mi distinguido amigo:

En respuesta a su atenta del 8 del actual, me apresuro a manifestar que nuestra institución celebra mucho poder contar con su eminente colaboración. Acompaño a usted copia de una circular enviada hace tiempo a los miembros de La Casa de España en México simplemente para su conocimiento, pues ni las condiciones de usted son las mismas de los miembros españoles, ni tampoco, como usted sabe, se mantendrán todas las bases de La Casa al transformarse próximamente en El Colegio de México. Los planes que usted nos ofrece son todos aceptables. Ya estudiaremos el trabajo de enseñanza o seminario. Respecto a las tres obras de que usted habla, ya se servirá usted informarme del estado de adelanto en que se encuentran y de los plazos posibles de entrega de los originales. La remuneración de autor que le corresponda será definida de común acuerdo entre usted y el señor licenciado Cosío Villegas, por no ser aplicable el mismo criterio a obras que ya tiene usted prácticamente acabadas y a obras que haría usted íntegramente para nosotros. Ofrecemos a usted la misma condición económica que corresponde a nuestros actuales miembros residentes, o sea, una remuneración mensual de \$600.00 pesos mexicanos, cobrables en quincenas vencidas, a partir del momento

en que se organice su trabajo. Le pedimos en cambio que nos consagre todo su tiempo útil. Si esto no fuera posible por cualquier circunstancia o compromiso anterior, le rogamos que nos lo manifieste usted, para entonces aplicar nuestra regla, que es reducir proporcionalmente la remuneración mensual, siempre con la consulta de usted.

En espera de verlo pronto para definir detalles, lo saluda afectuosamente y queda su amigo y servidor,

El Presidente,
Alfonso Reyes

México, 14 de octubre de 1940

Sr. D. Alfonso Reyes

Distinguido amigo:

Estoy completamente de acuerdo con lo que usted me dice en carta de 11 de este mes. Las *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España* cuentan ya con cuatro volúmenes publicados. Faltan únicamente tres. Tengo copiados los documentos y calculo que en tres meses terminaré completamente la preparación de los originales y la redacción de las advertencias.

Una vez concluido el trabajo dicho, espero que en otros dos o tres meses pueda dar a la imprenta el estudio sobre los *Esclavos indios en la Nueva España*. Esta obra está muy avanzada y lo que necesito es añadir datos que he hallado después de formarla. Debo advertirle que me falta la consulta del Archivo de Parral. Si es posible hacerla, esto requerirá un poco más de tiempo. Mas si fuera necesario prescindir de esta búsqueda, tengo los suficientes materiales para que la obra salga, si no perfecta, por lo menos en forma aceptable.

La *Historia del trabajo en Nueva España* es ahora solamente un acopio grande de materiales. Tengo que examinar además cerca de dos mil películas de documentos. Al acabar, emprendería la redacción. Calculo que saldrán dos tomos. No sería difícil que esta labor consumiera un año entero. Considero que este libro es el más ambicioso que hasta ahora he emprendido. La reunión de los datos representa actualmente el trabajo de cinco años.

Quedo enterado de que debo tratar con el licenciado Cosío Villegas el punto relativo a los derechos de autor, en cada caso.

Cuento afortunadamente con todo mi tiempo útil para dedicarlo a la investigación y enseñanza. El único compromiso anterior consiste en la dirección de la *Revista de Historia de América* y de la Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas. Pero estas actividades no son ajenas a lo que me propongo hacer con ustedes, ni las veo excluidas en la circular que usted me acompaña.

Si usted conviene en ello, puedo iniciar el trabajo a partir del día 15 el presente mes.

Un saludo afectuoso de su amigo y servidor,

Silvio Zavala

La organización del Centro de Estudios Históricos

México, 16 de diciembre de 1940

Alfonso Reyes

Presidente de El Colegio de México

Ciudad

Distinguido amigo:

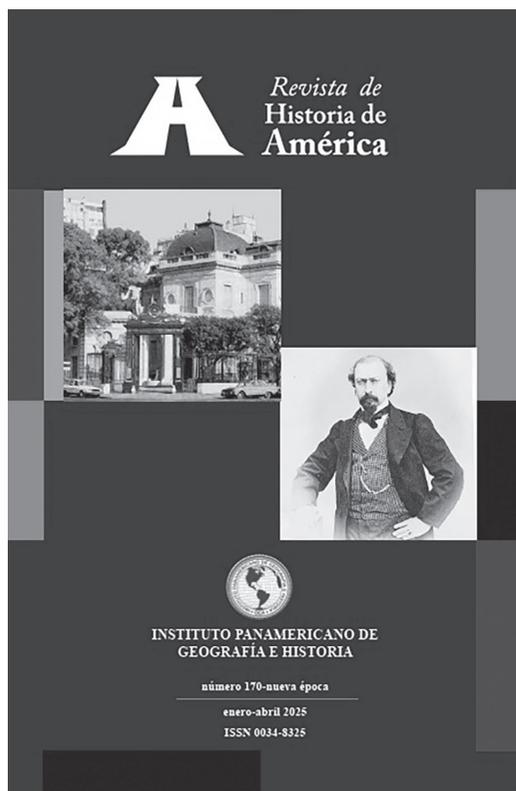
Con objeto de facilitar la labor previa a la constitución del Instituto de Historia de El Colegio de México, he tenido varias reuniones con personas que pueden participar en los trabajos y, finalmente, hemos redactado las páginas que le adjunto.¹

Creo que, refundiendo las diversas ideas y sugerencias, puede usted dar la forma final al Instituto, añadiendo todos aquellos puntos que a nosotros hayan escapado.

Falta todavía el papel del señor Millares, que espero tener a más tardar mañana. Sin embargo, con objeto de que usted disponga de más tiempo para estudiar los adjuntos, he preferido pasarlos desde luego a sus manos.

Usted percibirá fácilmente que, si bien hemos adelantado algo en el programa de los cursos y en

¹ Se refiere al texto "Instituto de Historia", de fecha 13 de diciembre de 1940, que reproducimos más adelante, en este *Boletín Editorial* (N. del E.).



las ideas relativas al carácter del Instituto, está todavía por crearse su organización y relaciones con El Colegio y demás instituciones que deseen patrocinarlo. En esto, la determinación del local, recursos, libros, equipo fotográfico, etc., la iniciativa no puede partir de nosotros.

Con el deseo de que pueda usted hallar algún auxilio en el resultado de nuestras pláticas previas que ahora resumimos, me es grato repetirme con su amigo y s.s.

Silvio Zavala

México, D.F., a 6 de enero de 1941

Sr. D. Silvio Zavala
Ciudad

Mi querido amigo:

Salvo su mejor parecer, El Colegio considera conveniente adoptar el siguiente título para la comisión que ha quedado a su cargo: Centro de Investigaciones Históricas.

Me permito acompañarle una solicitud que nos ha presentado el señor Miquel i Vergés junto con 10 hojas de papeletas que ilustran su proyecto. Le ruego que me devuelva todos estos papeles con su autorizada opinión sobre el interés y viabilidad de este trabajo. El interesado nos ha entregado ya la investigación que le encargamos el año pasado sobre la Independencia en la prensa insurgente, que ha entrado ya a la imprenta. Si la opinión de usted fuese favorable, podríamos aceptar el nuevo proyecto que, en términos generales, cabe en los planes de El Colegio.

En espera de sus letras, quedo su cordial amigo y atento s.s.

Alfonso Reyes

México, 8 de enero de 1941

D. Alfonso Reyes
Ciudad

Distinguido amigo:

Me parece muy bien el nombre que ha escogido para el Centro que estamos organizando.

He leído la carta del señor Miquel y sus fichas. Le devuelvo todo, como usted desea, y encuentro que la objeción principal es que las fichas no señalan las fuentes de procedencia de los datos, en cada caso, lo cual no basta a reparar el que el autor prometa una bibliografía para el segundo volumen, porque siempre quedará la duda acerca del origen de las referencias particulares. Noto también muy incompletas las biografías, cosa explicable por el carácter modesto de los personajes, pero se podría ahondar en ocasiones investigando en archivos catedralicios y parroquiales, amén de apurar la bibliografía general de la Independencia. En muchos casos, por ejemplo, ignóranse al leer la ficha, el lugar y fecha de nacimiento del biografiado.

Creo que el autor puede atender esto y si se compromete a presentar una obra esencialmente completa, opino que la iniciativa sería de aprobarse.

En cuanto a la colaboración que pide, no parece ocioso procurársela si él puede dirigir convenientemente a los auxiliares.

Como usted ve, el proyecto me simpatiza en general, aunque habría que concertar los detalles.

Afectuosamente, su amigo y servidor,

Silvio Zavala

Instituto de Historia²

Ideas generales

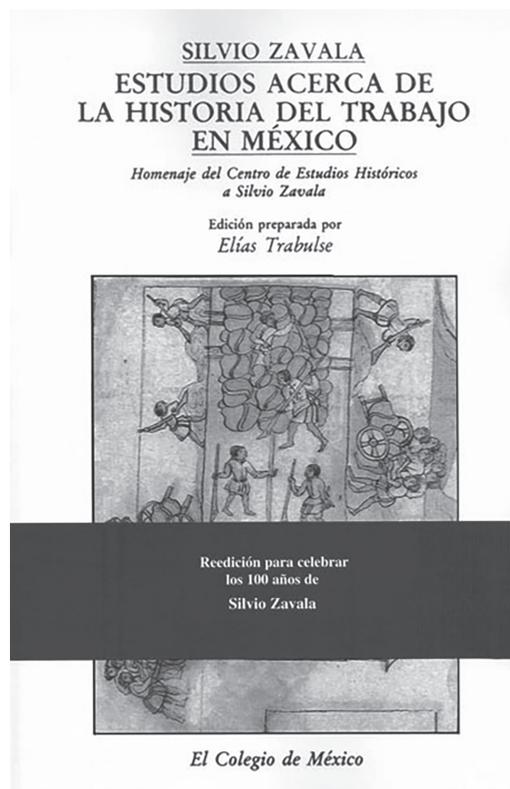
La convicción de que hay en nuestro medio jóvenes capaces intelectualmente, amantes del estudio y deseos de ahondar en los estudios históricos, al mismo tiempo que la comprobación repetida y triste de que muchos de ellos se malogran por falta de un medio adecuado para formarse, aconseja la organización de un Instituto de Historia en que se impartan las enseñanzas fundamentales para encauzar la investigación y practicarla.

Los recursos asequibles a nuestro medio y la circunstancia de que el Instituto ha de funcionar en un país americano, imponen, por otra parte, que los trabajos, por modestia y eficacia, se reduzcan fundamentalmente a la historia de América, aunque entendida en toda su amplitud de orígenes europeos e indígenas.

El carácter del Instituto debe ser simultáneamente docente y de investigación, por lo que su programa de trabajo comprenderá algunas asignaturas o ramos a cargo de profesores que, al mismo tiempo que enseñan los conocimientos propios de su campo, pongan a los alumnos, bajo su dirección creadora, en aptitud de emprender cuanto antes trabajos de construcción original.

No sería sensato trazar un plan teórico de las enseñanzas e investigaciones del Instituto para descubrir después que no se contaría con el profesor solvente que pudiera desarrollar tal o cual materia. La organización, aunque padezca la teoría general de la enseñanza, debe implantarse partiendo precisamente de las personas capaces con que se cuente en el momento de inaugurar los trabajos,

²Documento en resguardo en el Archivo Incorporado "Silvio Zavala", del Centro de Documentación de la Biblioteca Nacional del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Caja 97, expediente 2.



sin perjuicio de que posteriormente, cuando se presenten oportunidades favorables, se vayan ampliando las células del Instituto hasta darle toda la extensión deseable.

El Instituto aspirará a levantar nuestra producción histórica al rango que le corresponde por la dignidad e interés de su materia y por la elevación que en otras épocas ha tenido nuestra historiografía.

Se procurará la introducción de métodos modernos y rigurosos para sustituir, por medio del ejemplo y el valor propio de los trabajos, la producción anárquica, espontánea y de ficción desconcertada.

Se aspirará, asimismo, a que el Instituto represente autorizadamente la voz mexicana en el conjunto de la historiografía seria moderna, ante la cual carecemos actualmente de personería.

El Instituto prescindirá por ahora de una organización administrativa; uno de los profesores, con el carácter de secretario, atenderá la marcha de los trabajos y acordará con las autoridades de El Colegio de México los asuntos que se vayan presentando.

El Instituto trabajará dentro de la mayor modestia hasta que el resultado de sus trabajos, y no el anuncio de éstos, amerite que sea conocido en México y en el extranjero. En caso de buen éxito, el prestigio científico vendrá sin solicitarlo. En circunstancias adversas, el esfuerzo se malogrará sin causar daño.

Necesidades del Instituto

- Un cuerpo mínimo de profesores solventes.
- Un grupo constante y serio de alumnos (algunos, los que lo necesiten, pensionados; otros, traídos y admitidos gratuitamente, si cuentan con las condiciones indispensables).
- Un local apropiado y capaz.
- Un fondo de libros antiguos (que podría gestionarse de los duplicados de algunas bibliotecas amigas) y otro de modernos, con posibilidad de adquirir libros y revistas que vayan apareciendo.
- Un equipo fotográfico y de lectura para realizar fácilmente los trabajos documentales e intentar la formación de un archivo histórico fotográfico, que incluiría principalmente las colecciones que se encuentran fuera de la capital o en el extranjero.
- La organización de algunas conferencias históricas, para desarrollar el interés por este estudio bien hecho, y acaso la invitación de profesores foráneos ya sea para conferencias aisladas, cursos o cursillos.
- La posibilidad eventual de hacer publicaciones, quizá bajo la forma de un anuario que recogiera la investigación de cada curso.

Personal

- Los profesores y becarios firmarían contratos anuales. Las excusas para el incumplimiento serían consideradas y resueltas por el personal directivo de El Colegio de México, accediendo a ellas sólo ante casos de la mayor justificación.
- El Instituto y su patrono, El Colegio de México, no descuidarían que sus alumnos aventajados fueran preferidos en el goce de becas de estudio en el extranjero y en el desempeño

de puestos técnicos que requieran conocimientos históricos.

- Igualmente celarán ambas instituciones porque se adopten todas aquellas medidas que favorezcan a las bibliotecas y archivos indispensables para el progreso de las investigaciones históricas. El Instituto, en consecuencia, amparará si es posible o prestará su cooperación para que cuanto antes se forme e integre un personal apto científicamente para atender dichos centros de trabajo.
- Los requisitos para la admisión de alumnos becarios del Instituto serán: Que estén cursando o hayan cursado los últimos años de estudios en la Facultad de Filosofía y Letras o la de Derecho. Que dominen la lectura, por lo menos, del inglés y del francés u otro idioma moderno. Que posean cualidades de claridad mental adecuadas a su edad y estudios. Que tengan vocación científica y no las inquietudes propias de otra distinta. Que sean sometidos a exámenes previos a satisfacción de los profesores del Instituto y personal directivo de El Colegio de México. Que se comprometan a atender los cursos y seminarios puntualmente. En caso de incompetencia manifiesta o de flojedad demostrada en el curso, el Instituto se reservará el derecho de retirar la beca. Que se haga la promesa a los becarios competentes, de que aumentará el monto de su beca a medida que sean más los años durante los cuales frecuenten los cursos y seminarios.

Los cursos

Se proponen y pueden poner en práctica inmediatamente los de Historiografía, Metodología y ciencias auxiliares, Instituciones españolas e Instituciones coloniales de España en América.

Se piensa en la conveniencia de ampliar los cursos en las materias siguientes: Bibliografía histórica española e hispanoamericana; Historia diplomática o de las relaciones interamericanas y de los países de América con países ajenos al continente; Historia económica de Hispanoamérica; Historia de la cultura y particularmente de la filosofía en Hispanoamérica, e Historia del arte hispanoamericano.

A este programa en general se adjuntan los de docencia y seminarios que han compuesto los profesores a quienes se ha invitado en primer término para inaugurar los trabajos del Instituto.

México, 13 de diciembre de 1940

Informe sobre el Centro de Investigaciones Históricas [1942]³

Propósitos. Los centros universitarios de la América española, por lo general, no se han especializado en el trabajo de investigación ni en la formación de cursos de posgraduados.

En los últimos tiempos, se ha comenzado a sentir la necesidad de contar con algunas escuelas de altos estudios, donde los muchachos que salgan de las universidades puedan dedicarse a estudios más especializados, ya sea en el campo de las ciencias naturales o de las humanidades.

Un primer desarrollo de esta clase ha tenido lugar en el campo de la arqueología, bajo los auspicios del Instituto [Nacional] de Antropología [e Historia]. Después, El Colegio de México decidió reunir a un grupo de profesores mexicanos y españoles para constituir varios seminarios dedicados al estudio de la historia, con especial atención a la preparación de las ciencias auxiliares y a las investigaciones sobre historia de América.

De esta manera, se constituyó desde el año de 1940 el Centro de Investigaciones Históricas dependiente de El Colegio de México.

Cursos. Los cursos comenzaron en enero de 1941 con cinco profesores y diez alumnos. Al abrirse la segunda inscripción, en enero de 1942, se amplió el número de profesores a siete. El número de alumnos continúa siendo el mismo y solamente algunos alumnos del primer grupo que no pudieron continuar, o que los profesores consideraron que

³ Documento en resguardo en el Archivo General del Fondo de Cultura Económica. Caja 25, expediente 725.1/247. Silvio Zavala.

no debían continuar, fueron sustituidos por nuevos candidatos.

El programa de los cursos de 1942 ha sido el siguiente:

- Profesor Agustín Millares Carlo. Cursos de latín y paleografía española.
- Profesor Juan B. Iguíniz. Curso de bibliografía. Historia de la imprenta. La bibliografía de la historia de América, en particular.
- Profesor Ramón Iglesia. Curso de metodología. Historiografía en general, y de la conquista de América en particular.
- Profesor José Carner. Curso de historia general de la cultura europea, con atención especial a los principios de la Edad Moderna.
- Profesora Concepción Muedra. Curso de archivología. Curso sobre instituciones medievales españolas, con atención especial a la organización de los señoríos en España y América.
- Profesor Silvio Zavala. Curso sobre instituciones coloniales de España en América. Esclavitud, encomiendas, régimen de trabajo y otros aspectos sociales.
- Profesor José Miquel i Vergés. La Independencia de América. Estudios especiales sobre la de México.

Todos los cursos se imparten en la Biblioteca de Historia dependiente de la Secretaría de Hacienda, donde se ha preparado un local especial para los trabajos.

La idea de dar las clases en una biblioteca se debe a que cada materia tiene su seminario adjunto, y el profesor, además de orientar con sus explicaciones a los alumnos, cuida de que éstos realicen trabajos propios, con miras a formar investigadores independientes y con el debido entrenamiento metódico.

La dirección y la organización administrativa del Centro de Investigaciones Históricas quedaron encomendadas al profesor Silvio Zavala, quien a su vez consulta sobre los problemas generales y los gastos con las autoridades de El Colegio de México, don Alfonso Reyes, presidente, y don Daniel Cosío Villegas, secretario.



Silvio Zavala, Antonio Alatorre, Arnaldo Orfila, Eulalio Ferrer, Víctor Urquidi y Beatriz Garza, durante la inauguración de la Sala Raimundo Lida de El Colegio de México, el 23 de mayo de 1984. Foto: Archivo de El Colegio de México.

Selección de los alumnos. Se ha exigido invariablemente que los alumnos posean estudios universitarios previos; que puedan leer en varios idiomas modernos, especialmente inglés y francés, y que estén dispuestos a asistir regularmente a los cursos y a dedicar su tiempo a las investigaciones que se les encomienden.

Con este objeto, los estudiantes reciben becas que paga El Colegio de México.

Se ha procurado que los alumnos no procedan exclusivamente de la capital de la República, sino que se han traído estudiantes de Guanajuato, Guadalajara y otras ciudades que poseen universidades. De esta manera, se espera que, al volver los estudiantes a sus lugares de origen, formen a su vez centros de enseñanza de posgraduados y que se consiga así extender la reforma metódica de los estudios de historia.

Como los alumnos reciben en los seminarios enseñanzas no sólo para investigar, sino para catalogar libros antiguos y manuscritos, se piensa que,

aparte de los que se dedicarán a la investigación propiamente dicha o a la enseñanza, habrá otros que podrán ir poniendo en orden y catalogar nuestras importantes bibliotecas históricas y archivos de la capital y las provincias.

El trabajo realizado durante el primer año y el de los meses ya transcurridos del segundo año han demostrado que los estudiantes hacen considerables progresos y que han tomado el trabajo con entusiasmo. Al finalizar el año de 1941, fueron sometidos a pruebas rigurosas para ver su adelanto y se les exigió la presentación de sus trabajos de seminario e investigación. Solamente los que demostraron habilidad suficiente obtuvieron la renovación de las becas.

Se tiene el propósito de conservar en lo posible el mismo grupo de alumnos durante cuatro años, hasta que los profesores consideren que la preparación es suficiente.

Aunque los trabajos se realizan preferentemente con los becarios, el Centro ha admitido a veces

personas que desean aprender alguna materia en particular, como la paleografía. Esta facilidad se ha extendido especialmente a los empleados de archivos y bibliotecas públicas.

Presupuesto del Centro. Los profesores y los alumnos han venido siendo sostenidos económicamente por El Colegio de México.

El sueldo de los profesores que dedican todo su tiempo al Centro es de 600 pesos mexicanos mensuales, o sea, de 7 200 pesos al año.

Cada alumno becario recibió, durante su primer año, 100 pesos mensuales. Se ha creído conveniente aumentar la beca a 120 pesos mensuales en el segundo año como estímulo a los buenos becarios y también para que puedan dedicar más tiempo al estudio. En el tercer año convendría, por las mismas razones, dar becas de 150 pesos mensuales. Y en el último año de la preparación, o sea, el cuarto año, becas máximas de 200 pesos mensuales [...].

Crisis. A consecuencia de que los fondos de El Colegio han sido recortados en 1942 y de que no habrá ya esos fondos a partir de enero de 1943, se presenta la posibilidad de que todo el esfuerzo realizado hasta aquí tenga que desaparecer en esa fecha.

El deseo más urgente de quienes han organizado con tantos trabajos y sacrificios este modesto Centro de Investigaciones Históricas es contar con un presupuesto que garantice la continuación de los trabajos desde enero de 1943 hasta diciembre de 1944, para que, de este modo, por lo menos, se consiga concluir el programa de cuatro años, iniciado en enero de 1941. La ayuda necesaria durante esos dos años de 1943 y 1944 representaría, aproximadamente, unos 33 000 dólares (moneda de EU).

Posibles desarrollos del Centro. En los momentos en que la crisis económica que amenaza al Centro no se había presentado, se pensó en las siguientes posibilidades de ampliación del programa de trabajos:

a) Constituir un seminario sobre la historia de México en el periodo nacional. Dentro de este estudio se prestaría la debida atención a las relaciones internacionales. Se creyó posible que algún profesor extranjero fuera invitado a dar un curso de historia de las relaciones diplomáticas interamericanas y que se compraran los libros para encauzar los trabajos en esta rama. Los profesores visitantes de historia serían bien recibidos y tendrían un lugar adecuado para dar a conocer sus ideas y trabajos.

b) Se pensó abrir el Centro a todos aquellos estudiantes extranjeros que fueran a México a continuar sus trabajos de posgraduados en los archivos y bibliotecas. De esta manera, los estudiantes mexicanos convivirían intelectualmente con ellos y podrían beneficiarse de su trato mutuo. Al mismo tiempo, los estudiantes extranjeros podrían perfeccionar su conocimiento del idioma español, emprender estudios de paleografía o bibliografía, conocer el punto de vista de nuestros profesores, etcétera.

c) Se alimentó, asimismo, la esperanza de que los alumnos mexicanos que terminaran con provecho sus cursos en el Centro fueran becados por fundaciones para ampliar sus conocimientos, visitar las grandes instituciones de enseñanza, investigación y bibliotecas del extranjero, y reunir noticias para sus propios estudios.

Todo el programa respondía, en suma, al deseo de metodizar los estudios históricos de posgraduados en México y formar un nuevo tipo de investigador de nuestras humanidades, que estuviera al mismo tiempo en contacto con el progreso extranjero en la materia. 

Una visión del Colmex a veinticinco años de su fundación*

Hace algo más de veinticinco años, México abrió sus puertas a los intelectuales españoles que habían emigrado de su patria a raíz de la guerra civil. Bajo la presidencia de don Alfonso Reyes, se estableció La Casa de España el 25 de octubre de 1938; en ella pudieron continuar sus investigaciones y sus enseñanzas destacados miembros de las generaciones que se habían formado en las mejores tradiciones de la ciencia europea, gracias al impulso comunicado por instituciones ejemplares como la Junta para Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Históricos de Madrid.

Pronto se asociaron a La Casa de España algunos intelectuales mexicanos, y la evolución natural de la emigración que se adaptaba al país huésped y la fuerza de las corrientes nacionales condujeron a la creación de El Colegio de México el 8 de octubre de 1940.

Según la escritura de fundación, el establecimiento tendría por objeto realizar los propósitos siguientes: *a)* patrocinar trabajos de investigación de profesores y estudiantes mexicanos; *b)* becar, en instituciones o centros universitarios o científicos, en bibliotecas o archivos extranjeros, a profesores y estudiantes mexicanos; *c)* contratar profesores, investigadores y técnicos extranjeros que presten

sus servicios en El Colegio de México o en instituciones educativas u organismos gubernamentales; *d)* editar libros o revistas en los que se recojan los trabajos de los profesores, investigadores o técnicos a que se refieren los incisos anteriores; *e)* colaborar con las instituciones nacionales y extranjeras de educación y cultura para la realización de fines comunes.

En el periodo de la presidencia de Reyes, logró esta institución publicar buen número de obras de crítica literaria, filosofía o historia, las *Jornadas* dedicadas a temas sociales y, desde 1947, la *Nueva Revista de Filología Hispánica*. El nombre de El Colegio comenzó a ser conocido fuera de las fronteras de nuestra patria; llegaron profesores y estudiantes de otros países hispanoamericanos; se crearon los primeros centros y seminarios de historia, literatura, filosofía y ciencias sociales, donde recibieron formación algunos intelectuales que hoy ocupan puestos destacados en varias naciones de América. De esos centros han subsistido el de Estudios Históricos y el de Estudios Lingüísticos y Literarios.

Bajo la presidencia de don Daniel Cosío Villegas, logró El Colegio inaugurar, el 6 de febrero de 1961, el primero de sus edificios actuales y ampliar considerablemente sus actividades de enseñanza e investigación. Fue creado el Centro de Estudios Internacionales, donde se examinan los problemas del mundo de hoy, muy particularmente en cuanto afectan a los países de la América Latina

* Discurso del Dr. Silvio Zavala, presidente de El Colegio de México, al cumplirse los veinticinco años de la fundación de nuestra institución. El original se encuentra en resguardo del Archivo Institucional de El Colegio de México.

Hace algo más de veinticinco años, México abrió sus puertas a los intelectuales españoles que habían emigrado de su patria a raíz de la guerra civil. Bajo la presidencia de don Alfonso Reyes, se estableció la Casa de España el 25 de octubre de 1936, y en ella pudieron continuar sus investigaciones y sus enseñanzas destacados miembros de las generaciones que se habían formado en las mejores tradiciones de la ciencia europea, gracias al impulso comunicado por instituciones ejemplares como la Junta para Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Históricos de Madrid.

Pronto se asociaron a la Casa de España algunos intelectuales mexicanos, y la evolución natural de la emigración que se adaptaba al país huésped y la fuerza de las corrientes nacionales condujeron a la creación de El Colegio de México el 8 de octubre de 1940.

Según la escritura de fundación, el establecimiento tendría por objeto realizar los propósitos siguientes: a) Patrocinar trabajos de investigación de profesoras y estudiantes mexicanos; b) Becar, en instituciones o centros universitarios o científicos, en bibliotecas o archivos extranjeros, a profesores y estudiantes mexicanos; c) Contratar profesores, investigadores o técnicos extranjeros que presten sus servicios en el Colegio de México o en instituciones educativas u organismos gubernamentales; d) Editar libros o revistas en los que se recojan los trabajos de los profesores, investigadores o técnicos, a que se refieren los incisos anteriores; e) Colaborar con las instituciones nacionales y extranjeras de educación y cultura para la realización de fines comunes.

3

ciones del Extremo Oriente, de la India y de los países islámicos. Se ha creado asimismo el Centro de Estudios Económicos y Demográficos en el que se realizan investigaciones y se imparten enseñanzas sobre los problemas que ha venido planteando la rápida evolución económica y social del país y de la América Latina en los últimos veinte años.

La Biblioteca del Colegio posee más de cuarenta mil volúmenes, en su mayoría de obras modernas y publicaciones periódicas especializadas en las disciplinas que aquí se cultivan; mantiene al corriente las adquisiciones, publica boletines de ellas y ha hecho esfuerzos para seguir normas profesionales de organización.

En el curso de estos veinticinco años de existencia del establecimiento se han llegado a fijar ciertas características de su acción que voy a describir brevemente. El énfasis inicial puesto por Reyes en las labores de investigación ha continuado sin pausa y en la actualidad anima estudios colectivos sobre las consecuencias económicas y sociales del crecimiento demográfico del país, la historia contemporánea de México, la dialectología y la lírica popular mexicana, e investigaciones individuales sobre varios temas históricos y de relaciones internacionales.

En lo que respecta a la enseñanza superior, conviene recordar que El Colegio sólo cultiva algunas ramas de las humanidades y de las ciencias sociales, poniendo énfasis en la diversificación de los estudios, como conviene a la sociedad cada vez más compleja del siglo XX. Las finalidades que persigue esta docencia son esencialmente formativas y de perfeccionamiento

y, sobre todo, a México. Surgió, asimismo, el Seminario de Historia Moderna de México, cuyos resultados se han dado a conocer en los ocho volúmenes publicados de la *Historia moderna de México*, tarea proseguida por el Seminario de Historia Contemporánea, que trata particularmente de los años de 1910 en adelante. Iniciaron su vida las revistas *Historia Mexicana* en 1951 y *Foro Internacional* en 1960, que han continuado apareciendo sin interrupción.

El Colegio cuenta en la actualidad con una Sección de Estudios Orientales, que imparte enseñanzas de lenguaje y civilizaciones del Extremo Oriente, de la India y de los países islámicos. Se ha creado, asimismo, el Centro de Estudios Económicos y Demográficos, en el que se realizan investigaciones y se importan enseñanzas sobre los problemas que ha venido planteando la rápida evolución económica y social del país y de la América Latina en los últimos veinte años.

La Biblioteca de El Colegio posee más de cuarenta mil volúmenes, en su mayoría de obras modernas y publicaciones periódicas especializadas en las disciplinas que aquí se cultivan; mantiene al corriente las adquisiciones, publica boletines de

ellas y ha hecho esfuerzos para seguir normas profesionales de organización.

En el curso de estos veinticinco años de existencia del establecimiento, se han llegado a fijar ciertas características de su acción que voy a describir brevemente. El énfasis inicial puesto por Reyes en las labores de investigación ha continuado sin pausa y en la actualidad anima estudios colectivos sobre las consecuencias económicas y sociales del crecimiento demográfico del país, la historia contemporánea de México, la dialectología y la lírica popular mexicana, e investigaciones individuales sobre varios temas históricos y de relaciones internacionales.

En lo que respecta a la enseñanza superior, conviene recordar que El Colegio sólo cultiva algunas ramas de las humanidades y de las ciencias sociales, poniendo énfasis en la diversificación de los estudios, como conviene a la sociedad cada vez más compleja del siglo XX. Las finalidades que persigue esta docencia son esencialmente formativas y de perfeccionamiento, a través de cursos, seminarios y labor del estudiante en bibliotecas y centros de documentación. Los grupos se componen de un número limitado de alumnos escogidos entre los



El secretario de Educación Pública Agustín Yáñez, el presidente de la República Gustavo Díaz Ordaz y el presidente de El Colegio de México Silvio Zavala, en la inauguración de la ampliación del edificio de Guanajuato 125 de El Colegio, en 1965.

candidatos que ofrecen las mejores muestras de vocación, aptitud y responsabilidad, y se procura que los profesores los atiendan individualmente. Pedimos al estudiante de El Colegio una dedicación entera a sus estudios y, como un medio para lograrla en igualdad de condiciones para todos —los que tienen y los que carecen de recursos—, se conceden becas, que son, ciertamente, una ayuda económica para el alumno, mas también un signo de la responsabilidad que contrae. Los estudiantes proceden de la capital, los estados y otros países, en particular latinoamericanos. Deseamos que nuestros graduados —futuros investigadores, profesores o funcionarios— adquieran una preparación rigurosa que les permita aprovechar las enseñanzas de los centros mejor dotados de cualquier parte del mundo.

El estudio de lenguas ocupa en El Colegio un lugar cada vez más importante. Como homenaje a la memoria de su ilustre fundador, Alfonso Reyes, continúan las actividades de filología hispánica y de crítica literaria en las que aquél sobresalió. La Sección de Estudios Orientales ha impulsado la enseñanza del sánscrito —pacientemente in-

troducida por el profesor Urbano González de la Calle—, del hindi, del chino, del japonés y del árabe. Debemos reconocer el acortamiento de las distancias que nos lleva a enfrentarnos al conocimiento de lenguas y culturas que hasta hace breve tiempo veíamos como lejanas. Los problemas de los países en vías de desarrollo son comunes en varios continentes y la América Latina necesita contar con personas preparadas en estas áreas de interés. Junto a estas labores especiales, el conocimiento de las lenguas modernas interesa a los estudiantes de todos los centros y secciones del Colegio y es objeto de particular cuidado.

Los investigadores y profesores nacionales forman el cuerpo de planta que asegura las actividades continuas de la institución. Además, El Colegio ha logrado atraer a profesores visitantes de alto nivel universitario procedentes de países de América, Europa, Asia y África. Iniciando este programa en escala reducida y con medios insuficientes para cubrir el alto costo de los pasajes y de los honorarios en un nivel internacional, ha ido afirmándose y creciendo hasta constituir uno de los rasgos habituales de la vida de El Colegio.

Éste ha practicado la difusión cultural en la medida compatible con la índole de sus funciones, procurando convertirse en un hogar intelectual activo de la Ciudad de México. Ha patrocinado cursos libres, conferencias públicas y mesas redondas, viajes de profesores a reuniones profesionales y a universidades e institutos de los estados de la República y de otros países de la América Latina, excursiones de estudiantes dentro y fuera del país; ha recibido a lectores calificados en su biblioteca y ha editado 215 publicaciones, además de sostener las tres de carácter periódico ya mencionadas, y ha realizado estudios por encargo de otras instituciones o en colaboración con ellas.¹

Este programa de El Colegio ha tendido a poner a nuestro medio intelectual en contacto con las corrientes del mundo, a facilitar la comparación de conocimientos y métodos, y a elevar nuestros niveles de estudio. Pero también, como aconsejaba Andrés Bello a generaciones anteriores de hispanoamericanos, ha procurado aplicar esos mejores instrumentos de trabajo a la tarea de indagar nuestra propia realidad.

Instruir a las nuevas generaciones en el conocimiento científico de la población y de la economía, familiarizarlas con el cuadro de las relaciones internacionales y el funcionamiento de las instituciones sociales sobre una base de amplios conocimientos históricos, lingüísticos y literarios, son tareas que justificadamente gozan de prioridad en el programa de una institución especializada como es El Colegio.

¿Cuáles son los horizontes de El Colegio en el futuro inmediato? He aquí algunas de las tareas que reclaman atención: consolidar la base financiera y completar las instalaciones materiales; me-

jorar las condiciones de los trabajadores profesionales y administrativos hasta alcanzar los niveles que ya existen en otros centros de actividad científica del país; ampliar los servicios de becas para estudiantes mexicanos y de fuera del país; impulsar los estudios clásicos, africanos, eslavos, hispanos, latinoamericanos y angloamericanos; poner en práctica nuevas formas de colaboración con los centros culturales de los estados de la República; incrementar la biblioteca y las publicaciones.

En los veinticinco años de vida de El Colegio, éste ha recibido ayuda de sus cuatro socios fundadores, que son el gobierno federal a través de las secretarías de Educación y de Hacienda, el Banco de México, la Universidad Nacional Autónoma de México y el Fondo de Cultura Económica. El Centro de Estudios Internacionales ha sido apoyado por la Secretaría de Relaciones Exteriores y el de Estudios Económicos y Demográficos por el propio Banco de México, la Nacional Financiera y el Banco Nacional de Comercio Exterior, es decir, por aquellas instituciones que más directamente están interesadas en la preparación de personal económico especializado. El Colegio forma parte de la Asociación de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior de la República, sus estudios son reconocidos oficialmente, y su personal científico y administrativo goza de los beneficios del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado. La ayuda exterior ha prevenido de la UNESCO, que ha participado en la creación de la Sección de Estudios Orientales; del Departamento de Becas de la Organización de Estados Americanos, que ha permitido a estudiantes de varios países del continente seguir nuestros cursos y seminarios; de fundaciones privadas, como la Ford y la Rockefeller, que han contribuido a sostener programas de investigación y a consolidar la vida del establecimiento; y de los primeros y contados benefactores del sector privado nacional. A todos expresamos nuestro agradecimiento. 

¹Tal ha sido el caso de la historia del Congreso de Anáhuac, 1813, solicitada por el H. Senado de la República; la edición de los mensajes presidenciales a partir de 1910 encargada por la H. Cámara de Diputados de la Unión; la historia de la deuda pública encomendada por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público; la historia documental de México preparada conjuntamente con la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

*Silvio Zavala y el quehacer histórico en México***

Don José Fuentes Mares, el historiador más tanto y más leído del México reciente, muerto en 1986, solía decir: de las naciones del mundo ninguna supera a la mexicana en el amor a la historia. En el siglo XVI, la historiografía sobresalió entre las diversas tareas intelectuales de la recién construida Nueva España. Como es bien sabido, en aquella centuria, los constructores del nuevo país (soldados, misioneros, agentes del rey, criollos e indios nobles) escriben abundantes relatos de cariz histórico. Mientras unos narran las proezas de las huestes de Cortés, Guzmán y los Montejo, otros abultan el milagro de la cristianización de los aborígenes y otros más descubren globalmente, como los etnohistoriadores de nuestra época, pero con cuatro siglos de antelación, la vida prehispánica de los pueblos de Mesoamérica. Durante la siesta del orbe colonial, a lo largo de siglo y medio, la escritura histórica, salida de la placidez de los conventos, pasa a la segunda fuerza del mundillo intelectual del país. En el Siglo de las Luces, los historiadores nacionalistas vuelven a ocupar el presidium de la cultura, junto a teólogos, filósofos y hombres de ciencia. Otra vez es muy variado el repertorio de

temas; se enriquecen los métodos de investigación y se diversifican los móviles y motivos para escribir historia. Como en los países europeos, en la República Mexicana, independiente y rebautizada en 1821, el XIX fue la centuria de la historiografía. Los historiadores alcanzan poder, prestigio y bienestar, y les atribuyen milagros a las obras de sabor histórico, dedicados, en su mayoría, a ensalzar héroes y referir mudanzas políticas y prodigios militares, salvo pocas, que no sobresalientes, excepciones.

En el primer tercio del siglo XX se exagera el carácter político y belicoso de la historiografía nacional para ponerse al nivel de la Revolución mexicana. En el segundo tercio, las prédicas y las prácticas de los historiadores españoles transterrados a México, la vuelta a su país del treintañero Silvio Zavala y la traducción y la lectura de los modernos teorizadores de la historia (Aron, Collingwood, Croce, Dilthey, Huizinga, Lacombe, Marx, Meyer, Mises, Rickert, Simmel y otros) producen algunas docenas de historiadores profesionales y especialistas que parcialmente desplazan a los improvisados y amantes de la historia político-militar que combatían entre sí bajo las opuestas banderas de conservadores y liberales.

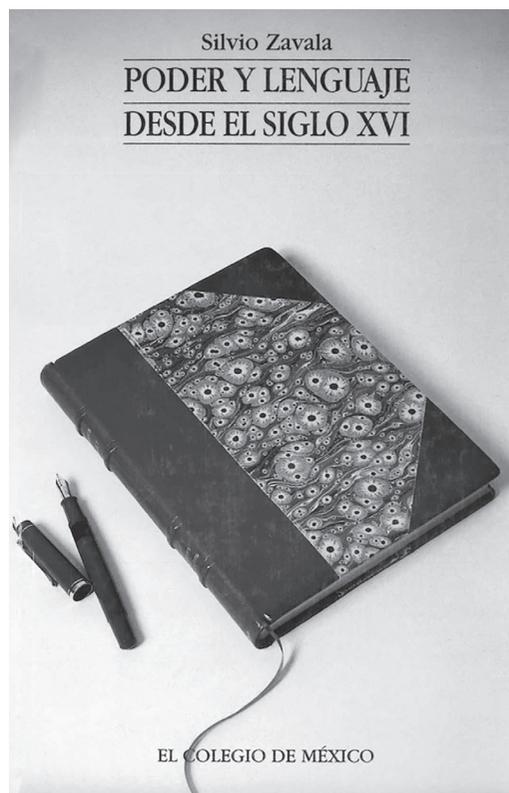
En el último tercio de la presente centuria, medio millar de mexicanos, en sus tres cuartas partes provistos de una patente universitaria de historia, en su gran mayoría criaturas de Gaos, O'Gorman, Roces y Zavala, enterados de las doctrinas de los teorizadores ya dichos y de Balibar, Certeau, Carr,

* En 1946 ingresó como estudiante de Doctorado al Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, en donde fue profesor desde 1950 y director de dicho Centro en los periodos 1963-1965 y 1970-1973. En 1979 fue fundador de El Colegio de Michoacán, que dirigió durante seis años.

** Publicado en la revista *Historia Mexicana*, vol. 39, núm. 1, julio-septiembre de 1989, pp. 7-19.

Braudel, Kula, Le Goff, Marrou y Schaff, escriben libros de historia muy profesionales y, en su mayoría, monográficos. Ochenta de cada cien historiadores viven en la capital de la República; dieciocho, en doce o quince ciudades de provincia, y dos, fuera de México. La mayoría de los apilados en la metrópoli actualmente son investigadores de tiempo completo en tres universidades (Nacional, Metropolitana e Ibero), en el Instituto Nacional de Antropología o en El Colegio de México, y particularmente en su Centro de Estudios Históricos, cuyo fundador y ángel guardián durante cuarenta años ha sido el maestro Zavala. Él está también en el origen de los colegios de Michoacán, Jalisco, Sonora, la Frontera Norte y Mexiquense. De los cuatrocientos historiadores mexicanos vivos, y no ágrafos, cerca de cuarenta tienen más de 70 años de edad y pertenecen a la llamada generación neocientífica; sesenta y cinco son cincuentones y sesentones de la cohorte del medio siglo; quizá llegan al ciento los que se autonombran generación del 68, y a una cifra semejante los jóvenes entre los 24 y los 39 años de edad que ya han escrito novelas verídicas, además de su tesis de licenciatura. Muy pocos viven fuera del presupuesto público. La mayoría son profesores de tiempo completo de universidades e instituciones de alta cultura sostenidas por el Estado. Un buen número recibe becas complementarias del Sistema Nacional de Investigadores. Quizá ninguno pueda sostener su casa únicamente con la venta de sus libros.

En lo tocante a tramas o temas, el quehacer histórico en México sigue sin salir de las fronteras nacionales, pese a que sus más esclarecidos maestros (O'Gorman y Zavala) transitan en el espacio de Hispanoamérica. Fuera de ellos muy pocos (Carlos Bosch, Clara Lida, Olga Quiroz, Josefina Vázquez y Luis Weckmann) se han salido del huacal patrio para ocuparse del antepasado, España, o del vecino, los poderosos Estados Unidos, o para inquirir sobre el lejano Oriente (Teresa Rohde y Jorge Silva). El mecenas oficial rehúye generalmente el patrocinio de investigaciones históricas ajenas a México o que sólo cubran partes disímboles de él. Nuestro mecenazgo apenas cede fondos para la hechura de historias de una región o una ciudad o un pue-



blo de la pluralísima nación que con justicia lleva el nombre de Estados Unidos Mexicanos. Quienes procuran extraer sus argumentos de la época prehispánica (L. Aveyra, J. Broda, M. Castillo Farreras, S. Lombardo, J. L. Lorenzo, A. López Austin, J. Lameiras y otros) reciben socorro con mayor facilidad que los colonialistas, pese a que Zavala, el historiador estrella, es fundamentalmente estudioso del mundo americano en la época colonial. Tampoco él se ha escapado de la obligación de escribir acerca de las tres sangrientas revoluciones del México sesquicentenario de las luchas denominadas de independencia, estudiada por Tarsicio García, Alfonso García Ruiz, Carlos Herrejón, Ernesto Lemoine, Ernesto de la Torre y Luis Villoro; la Reforma, dominio de pocos, y la Revolución, sobre la que escriben, entre otros muchos, Héctor Aguilar Camín, Arnaldo Córdova, Adolfo Gilly, Carlos Martínez Assad, Álvaro Matute, Lorenzo Meyer, Berta Ulloa y Gloria Villegas. Ninguno de los historiadores mexicanos podemos escapar a la obligación de impartir cursos, conferencias y elogios sobre épocas, próceres y hazañas patrióticas.

Nuestra historiografía tiene un aspecto litúrgico muy frondoso, altisonante y colorido. Por lo demás, los historiadores domésticos aceptamos con resignación esa liturgia. Casi todos contribuimos de buena gana a la historia de bronce.

A la hora de escoger temas, algunos compañeros aceptan el suave empuje oficial en favor de los asuntos patrióticos; es decir, vidas de héroes, acciones y políticas, y batallas sangrientas. Sobre todo, el Padre de la Patria, el Siervo de la Nación, el ideólogo de la Reforma, el Benemérito de las Américas y el Apóstol de la Democracia siguen inspirando biografías de Raúl Arreola, Enrique Krauze, Ernesto Lemoine... Tampoco los momentos estelares de la política y la guerra han sido olvidados ni por politólogos como Juan Felipe Leal, Luis Medina, ni por militares como Luis Garfias ni menos por las adelitas de la historiografía mexicana que siguen fielmente la trayectoria de algunos milites y poderosos. Así Romana Falcón, Teresa Franco, Alicia Hernández, Alejandra Lajous, Victoria Lerner, Martaelena Negrete, Beatriz Rojas y María del Carmen Velázquez. Como quiera, la selección de asuntos en la hora actual se deja conducir, además de por las presiones oficiales, por las prácticas en uso en los países de Europa. Por ejemplo, Hobsbawm ha desatado estudios sobre bandidos, obra de Javier Garciadiego, Nicole Girón, Jaime Olveda, Ramón Rubín y otros. Los franceses de hoy son los más influyentes en la temática de la historiografía mexicana actual. Algunas veces los nuestros escogen asuntos similares a los que han hecho famosos a Philippe Ariès, Ferdinand Braudel, Pierre Chaunu, François Chevalier, Georges Duby, François Furet, Michel Foucault, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie, Pierre Vilar y Michel Vovelle. Don Silvio, embajador en Francia ante la UNESCO, simpatizador de la órbita francesa, ha estimulado a sus alumnos a seguir estudios de historia en aquel país.

Con todo, los asuntos de la historiografía mexicana viva se escogen, además de por seguir los pasos de los países del Primer Mundo, por el deseo de hacer ciencia, de producir conocimientos acumulativos, no heterogéneos como los de la historiografía tradicional y particularizante. Son cada

vez más los temas extraídos del conjunto o masa humilde, que no de la vida de encopetados y gobernantes. La historia de la población, los temas que tienen que ver con nacimientos, defunciones, cataclismos y transtierros de muchedumbres da lugar a una historia cuantitativa que cultivan con gusto Elsa Malvido, Gerald McGowen, Alejandra Moreno Toscano, Lilia Oliver, Cecilia Rabell y otros. Se indaga cada vez más acerca de los campesinos, los indígenas, los obreros y otros desarrapados, según lo demuestran Gonzalo Aguirre Beltrán, Lourdes Arizpe, Fernando Benítez, Bernardo García Díaz, Isabel González Sánchez, Moisés González Navarro, Ricardo Pozas, Jan de Vos, Arturo Warman y otros muchos. También crece el número de los entusiastas de temas histórico-económicos. Zavala y la influencia del marxismo se han hecho notar en la tendencia al estudio de configuraciones socioeconómicas de parte de Mario Aldana, Roger Bartra, Mario Cerutti, Enrique Florescano, Francisco López Cámara, Lorenzo Meyer, Sergio de la Peña, Fernando Rosenzweig, Enrique Serna, Leopoldo Solís, Masae Sugawara y muchos más.

Comoquiera, la historia de los aspectos materiales de la vida mexicana aún no iguala en número y quizá tampoco en calidad a los de historia de las ideas, las creencias, el derecho, la literatura, las artes plásticas y el cine que preside el triunvirato constituido por O'Gorman, Zavala y Zea. En lo que mira a la historia de las ideas, ésta la ejercen, además de los triunviros, Raúl Cardiel, Elsa Frost, Margarita Carbó, Gastón García Cantú, Antonio Gómez Robledo, Pablo González Casanova, Hira de Gortari, Carlos Herrejón, Juan Hernández Luna, Miguel León-Portilla, Eugenia Meyer, José María Muriá, Juan Ortega y Medina, Octavio Paz, Rafael Segovia, Fernando Salmerón, Laurette Sejournee, Abelardo Villegas, Luis Villoro, Luis Weckmann y Ramón Xirau. En los últimos años, han hecho crecer la historia de las mentalidades Solange Alberro, Enrique Florescano, Sergio Ortega y la gente joven. Cubren el campo de la historia de las ciencias Enrique Beltrán, Roberto Moreno y Elías Trabulse; de la educación, Carmen Castañeda, Pilar Gonzalbo, Anne Staples, Dorothy Tanck, Josefina Vázquez... y de la literatura,

entre otros muchos, Antonio Alatorre, José Luis Martínez, Carlos Monsiváis, José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid.

Con *Las instituciones jurídicas en la conquista de América* y *La encomienda indiana*, don Silvio Zavala desencadenó el cultivo de la historia del derecho, trabajada ahora por Jorge Adame, Jorge Barrera, Manuel Calvillo, Jorge Carpizo, Rafael Diego Fernández, Héctor Fix-Zamudio, Miguel González Avelar, Andrés Lira, Felipe Remolina, Guadalupe Rivera y varios más. También él, con sus trabajos sobre el obispo Quiroga, sentó las bases de la nueva historiografía de asunto eclesiástico en la que hoy trabajan Jesús Gómez Fregoso, Xavier Gómez Robledo, Delfina López, Óscar Mazín, Jean Meyer, Francisco Miranda, Luis Medina Ascencio, Josefina Muriel, Antonio Rius Facius, Antonio Rubial, Daniel Ulloa y José Zavala Paz. Junto con Ramón Iglesia, el polihistoriador Silvio Zavala ha hecho historia de la historia y nos ha empujado a muchos por ese camino en el que destacan Xavier Cacho, Rosa Camelo, Edith Jiménez, Eugenia Meyer, Josefina Vázquez y el célebre seminario que preside el doctor O'Gorman.

En el único campo en el que el doctor Zavala va a la cola y no al frente de una especie del género histórico es en la historia del arte, en el que se acaba de estrenar con un estudio de Colón en las artes plásticas, donde se ha encontrado con la numerosa familia de don Manuel Toussaint: Teresa del Conde, Clementina Díaz, Beatriz de la Fuente, Elisa García Barragán, Manuel González Galván, Israel Katzman, Jorge Alberto Manrique, Esperanza Ramírez, Ida Rodríguez, Guillermo Tovar, Raquel Tibol, Elisa Vargas Lugo. El maestro Zavala sólo se ha abstenido de hacer historia del cine, territorio de Jorge Ayala, Emilio García Riera y Aurelio de los Reyes.

El gremio nos cataloga bajo el rubro de microhistoriadores, de gente interesada en la trayectoria de regiones, ciudades y pueblos, a un centenar de solitarios dispersos en la vasta superficie de la República, entre ellos, Gabriel Agraz, Alfonso de Alba, Enrique Cárdenas, Israel Cavazos, Agustín Churruga, Cuauhtémoc Esparza, Bernardo García Martínez, Jesús Gómez Serrano, Ignacio González Polo, Margarita Loera, Francisco Miranda, Rafael

Montejano, Heriberto Moreno, Daniel Moreno, Álvaro Ochoa, Cayetano Reyes, Ignacio del Río, Gerardo Sánchez, Xavier Tavera, Isidro Vizcaya, etc. Completan la lista anterior los estudiosos del latifundio: Marie-José Amerlinck, Jan Bazant, Alicia Hernández, Susana Glantz, Margarita Menegus, Heriberto Moreno, José Ignacio Urquiola y Gisela von Wobeser.

Los colegas de las generaciones neocientífica y del medio siglo gustan de la lectura de fuentes manuscritas y de la publicación de documentos únicos al modo como lo ha hecho en cantidades industriales el doctor Silvio Zavala que veía, como sus alumnos, que la inmensa mayoría de los repositorios de papeles viejos eran coto exclusivo de archiveros egoístas, anticuarios seniles, ladrones de documentos, fabricantes de cartón, ratas, comejenes y polilla. Hasta hace poco eran poquísimos los archivos utilizables por los historiadores obsesionados con las fuentes primarias. Por obra de algunos discípulos de Zavala (Israel Cavazos, Alejandra Moreno, Estela González Cicero) son muchos y cada vez más accesibles los archivos y las bibliotecas que apoyan la investigación histórica. Nuestra archivística y nuestra biblioteconomía están en pleno arranque. También es notoria la mejoría de museos y sitios arqueológicos, así como la hechura de archivos de la palabra, fototecas, fonotecas y cinematecas. Es clara la preferencia de las últimas generaciones por las fuentes estadísticas y seriadas. Se atiende menos a discursos gubernamentales calzados con firmas prestigiosas y más a censos y archivos parroquiales que registran natalicios, bodas y defunciones; actas de los notarios que dan cuenta de contratos mercantiles, mudanzas de la propiedad de los inmuebles, testamentos y cosas por el estilo; papeles de hospitales, reclusorios, claustros y familias; mamotretos de contabilidad de almacenes y fábricas y libretas, no entregados al fuego o a la barbarie de la hacienda o de la gran propiedad satanizada. El Sistema Nacional de Archivos, el de bibliotecas, el de sitios arqueológicos y museos, y otras instancias oficiales han sustraído a muchos, que figuran y cobran como historiadores, el pretexto para no investigar y escribir, y les han dado a los que verdaderamente gustan de la

CONVERSACIONES SOBRE HISTORIA: SILVIO ZAVALA



EL COLEGIO DE MÉXICO

indagación histórica una vastedad de fuentes que sigue ampliándose.

Algunos de los historiadores neocientíficos o viejos procuran fundar sus obras en un gran número de fichas, en rebosantes tarjeteros, y someter las fuentes a exámenes críticos. A los historiadores de las siguientes generaciones no parece quitarles el sueño la integridad de los testimonios, ni su procedencia ni hasta dónde son fidedignos. La tendencia a explotar masivamente los documentos hace imposible la crítica de cada uno por separado. De los historiadores de la hornada neocientífica, cabe decir que pecan de incredulidad, y de los de la generación del 68, que tienden a ser demasiado crédulos. A los nuevos amantes de Clío les disgusta perder el tiempo en erudiciones. Han hecho de la heurística y de la crítica tareas de las ciencias auxiliares de la historia, que no de la ciencia histórica misma. También descargan en la computadora la tarea de descubrir errores.

Si no me equivoco, la mayoría de los colegas de la generación mexicana del medio siglo y las dos que le siguen y combaten rehúyen la tarea de juntar en

orden temático y cronológico hechos bien comprobados. Van siendo minoría los practicantes de la historia narrativa, los interesados en los hechos y las ideas, que no únicamente en sus conexiones causales. La mayoría de los clionautas con título desdeña el qué de los acaeceres históricos y el cómo se pasó de aquello a esto; aspira a saber por qué sucedieron los fenómenos de una determinada manera. Otros trabajan, a la manera de los científicos sociales, en el descubrimiento de estructuras, son amantes de la cuantificación y se autodefinen como historiadores nomotéticos en contraposición a los ideográficos. Los rótulos más usuales no son, sin embargo, éstos. Se acostumbra repartir a los estudiosos del pasado en cuatro capillas, según el modo de exponer la materia histórica. En una de las capillas, donde quizá milite el 20% de los historiadores, entran aquellos chapados a la antigua, los anticuarios de siempre y los pragmatistas que sólo juntan hazañas dignas de celebración, orgullo patrio y ejemplo para la juventud. Con el rubro de neopositivistas y bajo la bandera del doctor Silvio Zavala, se suelen enlistar los que buscan la exhumación de hechos económicos y sociales, y que creen que a fuerza de sumar sucesos memorables y bien comprobados se llegará a reconstruir la historia total de México. Nuestros positivistas se consideran parientes y aliados de la escuela de *Les Annales*. Sus enemigos acérrimos, hasta hace poco muy combativos, se autonombran historicistas y tienden a la baja en número, que no en calidad. Parten de las teorías de Dilthey, Ortega, Croce, Collingwood y Heidegger, y gustan escandalizar con el aforismo de que toda historia es historia de las ideas. Sin embargo, hay muchas diferencias entre sus miembros. Gloria Villegas escribe: "Su enfoque, de raíz individualista, desautoriza la proposición de procesos y metas predeterminadas. Abandera el perspectivismo... y define la selección de los hechos históricos en función de su intencionalidad". José Gaos, el gran propulsor del culto historicista, no aceptaba que se considerase a éste como una de las sectas de la iglesia de Clío, pero sus opositores, y en especial los del grupo marxista, los llaman ideólogos y sectarios.

El materialismo histórico de casa, en el que militan muchos de la generación del 68, se siente más

afín al neopositivismo que a las escuelas historicistas. Uno y otras buscan el acercamiento a las ciencias sistemáticas del hombre. Ambos hacen referencia constante al enfoque interdisciplinario. Las dos corrientes prescriben el trabajo en equipo. Según Andrea Sánchez Quintanar, “el acercamiento a la historia de México desde una perspectiva marxista lo han realizado en mayor medida científicos sociales [...] El materialismo histórico constituye un cuerpo teórico fundamental [...] que de ninguna manera puede, por sí mismo, sustituir el trabajo concreto que implica el quehacer histórico: revisión de fuentes, crítica [...] contrastación de hipótesis [...] vinculación del trabajo interdisciplinario y, sobre todo, contrastación con la realidad”. Cuando el marxismo doméstico hace investigaciones históricas basadas en fuentes, da frutos bastante parecidos a los de las otras escuelas.

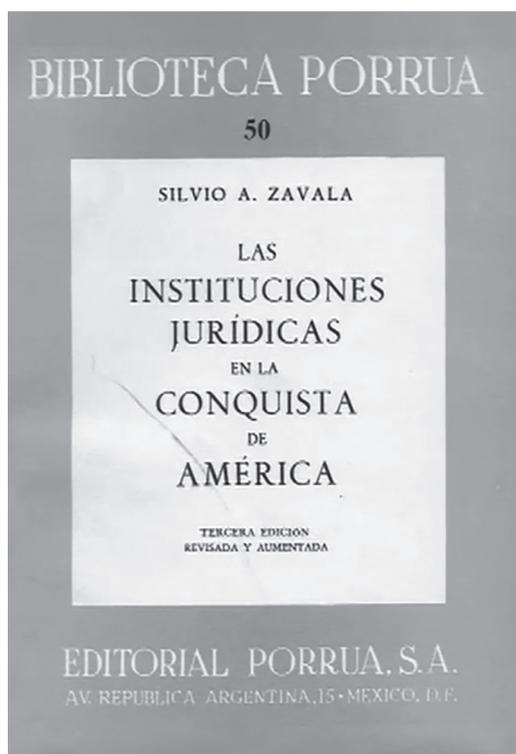
De los historiadores que aquí y ahora investigan nuestro pasado nacional salen abundantes monografías. Ningún historiador ha superado en número de obras publicadas al que ahora cumple sus ochenta años en plena actividad productiva. Al través de medio siglo, el doctor Zavala ha publicado 50 obras de magnitud libresca y 250 artículos de fondo. A su ejemplo han acudido algunos (Carlos Bosch, Enrique Florescano, Moisés González Navarro, Juan Ortega y Medina). Se vence la costumbre de acumular más conocimientos que publicaciones, de tener pozos de ciencia inéditos y muchas veces ágrafos, y no por falta de editores.

Editoriales privadas y de tipo oficial y universitario imprimen y divulgan los libros de nuestros historiadores. Se distinguen entre las comerciales el Fondo de Cultura Económica, Porrúa, Siglo Veintiuno, Océano, Era, Grijalbo, Mortiz y Cal y Arena. Son editores entusiastas las secretarías de Educación Pública, Gobernación y Relaciones Exteriores. Están en pie las editoriales anexas a los institutos de alta cultura: Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma de Sinaloa, Universidad Veracruzana, El Colegio de México, El Colegio de Michoacán, etc. Los tirajes de los libros de historia suelen ser cortos, pero no mucho más cortos que los de las novelas. Por otro lado, la mayoría de las “contribuciones” bre-

ves de carácter histórico aparecen en revistas especializadas: *Foro Internacional*, *Historias*, *Siglo XIX*, *Relaciones*, *Historia Mexicana*, *Encuentro* y algunas más con tiraje inferior a los 3 000 ejemplares. Sin embargo, un buen número de artículos serios de contenido histórico se difunden al través de *Nexos*, dirigida por el historiador Héctor Aguilar Camín, *Vuelta*, subdirigida por su colega Enrique Krauze, y otras revistas de alta divulgación. A veces publican en los diarios, pero no se puede afirmar que los historiadores de ahora lleguen a todo el público lector. También comienzan a ponerse en uso los canales de la televisión para difundir telenovelas verídicas o telehistorias.

En 1982 dije algo que todavía tiene validez: “Los historiadores que ahora escriben, con mayor seriedad, acerca del pasado de México se intercambian sus saberes a través de impresos y sobre todo en reuniones académicas, pero se mantienen por regla general ignorados e ignorantes del público mayoritario”. Los historiadores hechos en grandes y sutiles planteles de altísima cultura le han levantado la canasta a muchos lectores de pocas letras, sedientos de historia. Quizá alguien cree que la historia es únicamente bocado de delfines. No falta quien diga que desde su elevación a ciencia, ya no es apta para las mayorías, del mismo modo que son minoritarias las ciencias físico-matemáticas y biomédicas. Con todo, muchos compatriotas creen aún que “el saber histórico interesa a cualquier persona” y que debe ser difundido con la misma intensidad con que se difunden la ficción y el ensayo. La mayoría de los historiadores con ínfulas rara vez usa lenguajes de uso común; rara vez escribe como habla la tribu y más rara vez aún se arriesga a la oportunidad de comunicación masiva que ofrecen la radio, las salas de cine y los televisores. El miedo al tono vulgar aplaza la conquista de la calle, deja a la gente sin un saber histórico liberador y, en el peor de los casos, sabroso. ¿Volverá la élite culta de México a escribir para un público amplio? ¿Volverá a ser la historia la rama más popular de la literatura?

En términos generales, el afán manifiesto de la historiografía mexicana de corte universitario es el de ser ciencia en toda la extensión de la palabra a través de productos somníferos, la hechura de nu-

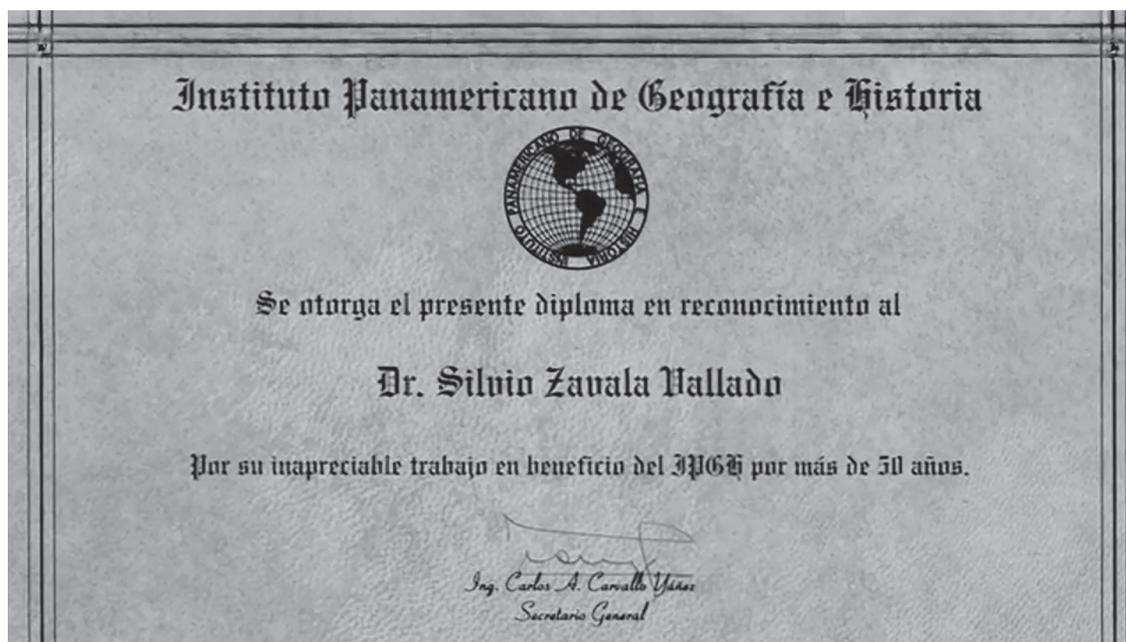


merosas monografías muy profesionales, el trabajo en grupo, la construcción y el equipamiento de archivos y bibliotecas, la junta de datos seriados, la actitud ancilar frente a las ciencias sistemáticas del hombre, el marco teórico, el manejo masivo de los testimonios sobrevivientes, la comprensión a las volandas de textos y de ideas, el establecimiento de leyes causales, el lenguaje inequívoco y árido del hombre de ciencia y, de poco acá, el uso de la computadora. Sin embargo, la historia culta, pese al deseo de ser como la física y la biología, se ve obligada a convivir con el amateur culto; permite aún la tarea individual, la búsqueda de hechos particulares, la actitud emotiva, el nacionalismo, el deseo de meter con calzador una moral patriótica, la vestidura de héroes, el gusto por el buen decir y la voluntad de no confundirse con los científicos sociales. La reiteración de las prácticas tradicionales es todavía frecuente, quizá imposible de abolir, porque, después de todo, es deseable y deseada la historiografía pecaminosa, la Clío polifacética. Todavía más, se vislumbran síntomas de pecado. La historia narrativa comienza a dar señales de recobrar el terreno, de volver por sus fueros e ir a las multitudes.

Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze saben contar y vender sin dejar la pose científica. Quizá lo más saludable sea la aceptación de que hay y debe haber de todo en la viña de Clío, tan fervorosamente cultivada por los mexicanos, en su propia parcela nacional, desde el siglo XVI.

A manera de conclusión, cabe proponer los quince puntos siguientes:

- 1) En el México que le ha tocado vivir al maestro Silvio Zavala, al historiador de casa más reconocido por la crítica internacional, se consumen, en forma de supervivencia, de reliquia, de añoranza y de historiografía, dosis de pasado muy cuantiosas, quizá superiores a la media universal.
- 2) Se mantienen en México, más que en otras naciones, modalidades historiográficas que la élite sabia considera muy pobre cuando es historia de polilla, e insalubre, en tratándose de la historia de bronce.
- 3) En los niveles populares sigue llamando la atención la historia que se empeñan en escribir muchas personas inexpertas como investigadoras, que no necesariamente malas como narradoras.
- 4) Entre las subespecies narrativas o anticuarías, ha reverdecido y se ha profesionalizado la microhistoria que gusta rememorar la vida de comunidades pequeñas, de agrupaciones pueblerinas.
- 5) Contra viento y marea, el gobierno, por una parte, y los partidos de oposición, por otra, insisten en difundir historias escritas de índole pragmática, comprometidas con la lucha partidaria, no con la verdad; atizadoras de odios internacionales e interétnicos.
- 6) Ha sido particularmente notoria la tenaz adherencia de los gobiernos emanados de la Revolución a una idea del pasado que admite los adjetivos de reverencial, descoyuntada y embustera.
- 7) Con todo, es innegable, desde los años cuarenta, el creciente cultivo de la historia científica, la profesionalización del quehacer histórico, el relato documentado y lleno de explicaciones, la monografía de perfil académico.



8) La presión de los historiadores rigurosos de los últimos 40 años ha conseguido recientemente del gobierno de la República una notable mejoría de museos, archivos, bibliotecas y demás depósitos de reliquias y testigos del pasado, lo que no quiere decir que no falte aún mucho por hacer en este campo.

9) La historia de corte universitario se siente inclinada a sucesos del común que duran siglos, a los hábitos de larga duración de la gente rasa.

10) Muchos de nuestros historiadores profesionales escogen sus asuntos con la mirada puesta en la moda internacional, especialmente conforme a los gustos de Francia.

11) Una buena parte de los modernos historiadores de gabinete se han enamorado de las técnicas cuantitativas. La historia económica tira a ser econométrica. Algo semejante sucede con la historia demográfica.

12) Las corrientes de pensamiento histórico de mayor pegue en esta hora de México muy pocas veces se salen de la temática mexicana, pero

siguen muy prendidas a las faldas de los filósofos de la historia extranjeros.

13) La producción de libros y artículos de historia, calificada de científica y que lleva los apellidos de económica, social, étnica, de la civilización, de las mentalidades, de las ideas, de la literatura y de la plástica crece a gran prisa, pero los índices de productividad de las instituciones que congregan a centenares de clionautas suelen ser bajos.

14) Los miembros de los albergues de la ciencia histórica han conseguido, por medio de sus publicaciones y sobre todo a través de mesas redondas y congresos, compartir sus saberes con los científicos sociales de aquí y de fuera, pero se han alejado cada vez más del público lego.

15) La historieta o historia narrativa desde los inicios del cine mexicano sonoro viene haciendo uso del lenguaje audiovisual, pero la historia de oriundez universitaria se resiste generalmente al uso de los medios masivos de comunicación. ❧

*Silvio Zavala, primer historiador de la América hispano-indígena***

Silvio Zavala aparece como principal iniciador de la historia científica de la América mestiza en los tres siglos hispánicos que imponen la fusión de sus modelos con lo que quedó de las antiguas civilizaciones indígenas. Se formó en los métodos de eminentes maestros europeos o americanos de los años treinta, especialmente en los de Rafael Altamira. Añadió la dimensión mexicana de etnohistoria, introduciendo a los indios, cuyo trabajo y participación eran la base y el instrumento de cuanto se creaba y realizaba a través de la América hispana.

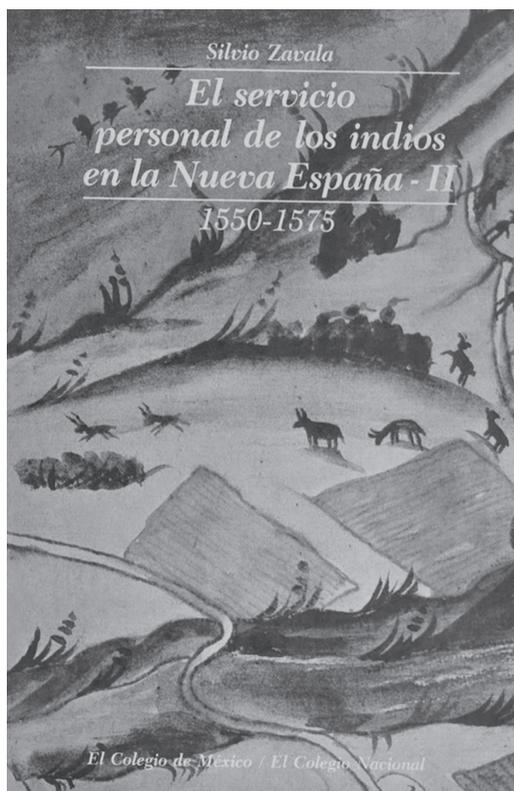
Nos proponemos mostrar cuán innovadora ha sido su obra desde los años treinta hasta nuestros días. Zavala fue el primero en investigar en los archivos, junto con algunos angloamericanos, pero en forma más completa y sistemática que ellos, teniendo un concepto muy equilibrado de la historia sin privilegiar en ella ninguna clase de factores. Trataremos, en fin, de situar a Silvio Zavala en el último medio siglo de historia mundial y de América, el cual vio desarrollarse una poderosa corriente socioeconómica que llegó casi a dominar la pro-

ducción histórica. Creemos poder notar actualmente entre los jóvenes un interés nuevo por lo sociocultural, lo institucional y otros enfoques paralelos a los del eminente maestro.

En 1988, Luis González recuerda que Silvio Zavala había publicado 54 libros y 220 artículos —cifras ya rebasadas ahora—. En más de medio siglo de tan fecunda labor se puede decir que desde 1940-1950 queda perfectamente marcada su orientación histórica y la pluralidad complementaria de sus enfoques, puente entre los mejores maestros anteriores y las tendencias más actuales. Ya antes de 1950, su obra se interesa, en efecto, por la historia social y sociopolítica, institucional, económica, cultural y religiosa, de las ideas y de las mentalidades... Es la historia del hombre total, de cuerpo y mente, la única que permite en su plenitud la comprensión de los fenómenos —como lo enseñan por lo demás tantos acontecimientos recientes del próximo oriente o del este—. De ahí el surgimiento en todas las ciencias sociales del auge de “lo interdisciplinario”, sin excluir por cierto la especialización. En una historia social de América casi limitada antes a ensayos, la prioridad fue para Zavala ubicar, conocer, publicar y analizar las fuentes, es decir, esencialmente documentos de los archivos, pero también códigos legales y obras de juristas y teólogos de los siglos XVI, XVII y XVIII en la Nueva España y América. Es realmente impresionante el acervo de fuentes y textos de la época que nos presenta y comenta Zavala. Publica y analiza series completas de documentos

* Historiador francés. Entre 1946-1949 fue becario, bibliotecario y profesor en el Instituto Francés de América Latina (IFAL), en la Ciudad de México y, entre 1949 y 1962, director de dicho instituto. Su larga estancia en México alimentó su interés en la historia de México y de América Latina. Fue miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Historia.

** Publicado en la revista *Historia Mexicana*, vol. 39, núm. 1, julio-septiembre de 1989, pp. 21-31.



particularmente importantes, adelantándose a la “historia serial” (*l’histoire sérielle*). En estas obras, el maestro queda siempre muy próximo a sus fuentes, sin dejar de ofrecernos vistas de conjunto, sintéticas y comparativas, sobre temas esenciales de la historia de México y América. Siendo tan amplia y múltiple su obra, sería largo y difícil examinarla en su totalidad. Nos limitaremos aquí al tema del trabajo indígena de la tierra, que toca aspectos esenciales de su obra, así como de toda la vida novohispana-mexicana.

Silvio Zavala fue introducido en la historia del derecho por el maestro español Rafael Altamira, quien había sido el primero en dar importancia dentro de ella a los factores socioeconómicos, fecundando y renovando así lo jurídico institucional en los temas americanos de su *Historia de España y de la civilización española*. Otros discípulos del maestro fueron, por ejemplo, los republicanos españoles José Miranda y J. M. Ots Capdequí, autores luego en América de interesantes trabajos sobre las instituciones, el tributo de los indios, la historia de la tierra, etc. Pero Zavala aventaja a to-

dos por la extraordinaria riqueza e importancia de su aportación. Desde el principio estudió un tema clave: *La encomienda indiana*, en un libro clásico publicado en Madrid en 1935 y reeditado con adiciones en 1973. Más allá de la historia socio-jurídica enseñada en esta obra, y pronto en muchas otras que señalamos, Zavala hacía intervenir a los indígenas de Nueva España y de América y estudiaba sus relaciones con los españoles, sobre todo la fuerza de trabajo que representaban para éstos. Con esta primera etnohistoria colonial, Zavala se adelantaba a la fundación mexicana en 1939 del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), y a los primeros trabajos en inglés, sobre este tema, asociando dos disciplinas autárquicas para estudiar el mundo indígena de antes y después de la conquista.

En 1939 Zavala publicaba con María Castelo el primero de sus volúmenes de *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España* (México 1939-1946), con documentos y análisis esenciales para la historia de la mano de obra indígena en las tierras de españoles; se trata de “mandamientos” de los virreyes sobre casos locales y formas concretas de resolverlos, lo que nos acerca muy fielmente a la realidad vivida. Casi cuarenta años después Zavala publica tres volúmenes muy densos sobre *El servicio personal de los indios en el Perú* (siglos XVI, XVII, XVIII, El Colegio de México, 1978-1980), que constituyen una valiosísima colección de documentos y extractos significativos de todas las procedencias, generalmente inéditos y cuidadosamente comentados. Este conjunto de análisis y fuentes de extraordinario interés nos parece que renuevan el tema.¹ Aunque *El servicio personal de los indios en la Nueva España* sea mejor conocido que en el Perú, la colección paralela en curso de publicación es y será también muy importante (1983-1989, 4 vols. sobre el siglo XVI; el tomo 5, que abarca hasta 1635, en prensa). Esta colección permitirá sin duda una presentación definitiva del tema en México.

¹ Véase François Chevalier, “Servidumbre de la tierra y rasgos señoriales en el Alto Perú hispánico. Apuntes comparativos sobre los yanacunas”, Coloquio Internacional del IEP, Lima, 1986.

Volviendo atrás en el tiempo, hay muchas otras publicaciones de Zavala que se refieren directa o indirectamente al trabajo de los indígenas en las tierras de los españoles. Recordemos que los problemas de mano de obra son anteriores a los de la tierra y fueron al principio más importantes, aunque estos últimos se vinculen luego estrechamente al peonaje de las haciendas. Por eso desde 1940 Zavala publica *De encomiendas y propiedad territorial en algunas regiones de la América española* (México, 1940, 86 pp.) y es uno de los primeros historiadores en demostrar que la gran propiedad no procedía de la encomienda a pesar de algunos lazos entre ellas. También señala desde 1944 el origen del peonaje de los indios siervos de la tierra en las deudas que contraían, comparándolo con el *indentured service* de las colonias inglesas de América. En 1944 reconoce hasta qué punto había o no libertad de movimiento para los trabajadores indígenas —un problema esencial para conocer la servidumbre de la tierra—. El mismo año estudia a “Los esclavos indios en el norte de México siglo xvi”. Luego volverá a imprimir estos tres trabajos pioneros con otros en *Estudios indianos* (1948), y 40 años más tarde lo volverá a hacer en un interesante volumen, *Estudios acerca de la historia del trabajo en México* (1988),² sin cambiar nada a la primera redacción, añadiéndole sólo unos complementos. En fin, no podemos detallar aquí todos los estudios posteriores de Zavala que en alguna forma se refieren al trabajo indígena en América, como por ejemplo el grueso volumen sobre *Orígenes de la colonización en el Río de la Plata* (México, El Colegio Nacional, 1978) que trae mucho sobre los indios guaraníes del Paraguay.

Por los años 1930-1940, Silvio Zavala asocia a la nueva orientación socioeconómica y al interés mexicano por la etnohistoria otras perspectivas que aparecen no sólo complementarias, sino esenciales. Esta inclinación hacia otros enfoques procede

² Elías Trabulse (comp.), *Estudios acerca de la historia del trabajo en México*, México, El Colegio de México, 1988, p. 272. Completar referencias antiguas en François Chevalier, “La formation des grands domaines au Mexique. Terre et société aux xvi^e y xvii^e siècles”, París, Centre National de la Recherche Scientifique, Institut d’Ethnologie, 1952.

sin duda de una formación abierta de historiador del derecho. Le interesan, en efecto, las ideas y la filosofía que guiaban a los juristas y teólogos españoles con influencia o cargos de responsabilidad en el Consejo de Indias y los virreinos americanos. Si es evidente que la realidad vivida distaba mucho de ciertas ficciones legales, resulta claro también que la tenaz administración española consiguió imponer ciertas normas, como suprimir la esclavitud de los indios por las “Leyes Nuevas”, impedir que la encomienda se transformara en un señorío, separar de ella los servicios personales de trabajo y transformarlos, etc. Hay que notar sin embargo que hubo algunos fenómenos de compensación, como la adscripción de indios por deudas, a veces limitada pero no suprimida.

En esta perspectiva, Silvio Zavala se interesó desde el principio en las ideas y la práctica de los misioneros, así como en los teólogos y juristas que inspiraban las órdenes reales o trataban (a veces con pasión) de aplicarlas en el terreno. De ese interés surgieron estudios como *Servidumbre natural y libertad cristiana según los tratadistas españoles de los siglos xvi y xvii* (Buenos Aires, 1944) o aun antes *La Utopía de Tomas Moro en la Nueva España y otros estudios* (México, 1937). En 1947, publica en México *La filosofía política en la conquista de América*, con prólogo de Rafael Altamira. Después Zavala sigue exactamente en la misma línea interesándose, entre otros asuntos, por el célebre defensor de los indios, Bartolomé de Las Casas. También estudia y publica en 1981 la traducción del latín de un interesante tratado: *Fray Alonso de la Veracruz. Primer Maestro de Derecho Agrario en la Incipiente Universidad de México (1553-1555)* (México, Condumex, 73 pp.). Como muchos misioneros del siglo xvi en sus pueblos de evangelización, este fraile agustino es muy severo con los acaparadores de tierras de indios. Así niega en un pueblo el uso de la tierra no sólo por el encomendero, sino también por quien la recibiría del emperador, que posee “únicamente los tributos, no el dominio de la tierra”. Añade que “la tierra, aún inculta, no es del señor [...] sino del pueblo”, y que éste era en realidad “señor inmediato, verdadero y legítimo” de su territorio. No permite pues mercedes de tierras contra la voluntad del pueblo

(pp. 59-62). Aunque hubo abusos, los mandamientos virreinales y otros documentos muestran la influencia de este tipo de enseñanza en la práctica (véanse las *Fuentes para la historia del trabajo en la Nueva España (1575-1805)* y *El servicio personal de los indios en la Nueva España*). De paso hemos insistido sobre un tratado típico y poco conocido; pero los volúmenes citados de Zavala sobre *El servicio personal de los indios...*, en particular los del Perú, además de su valiosa información socioeconómica, traen también muchísimos datos sobre el derecho, lo institucional y la cultura en general, ideas realmente indispensables para una plena comprensión de los fenómenos. Sin insistir aquí sobre códigos legales y la *Recopilación de leyes de Indias* de 1680 (demasiado generales, aunque esta última sea útil por tratarse de un “vademécum” de los funcionarios), merece particular atención para Zavala la *Política indiana* de Solórzano Pereira, entre otras obras, muy célebre antes e injustamente olvidada hasta hace poco por muchos historiadores. La *Política indiana* es representativa del interés y de la admiración por el derecho romano de tantos juristas posrenacentistas, lo que no dejó de influir en aspectos importantes de la realidad vivida como el arraigo de la gran propiedad.

Como se ve por unos breves ejemplos o citas tomados de un conjunto extraordinario de obras y estudios, Silvio Zavala, quien desconfía de teorías históricas y de modas, tiene una visión muy equilibrada de la historia, sin privilegiar ninguna de sus dimensiones esenciales. Es el primero y más fecundo historiador científico de la sociedad mestiza-colonial de los siglos XVI, XVII y XVIII en América, que toma en cuenta tanto los factores socioeconómicos como todos los demás. Ha sido marcado por su formación sociojurídica-institucional y es fiel a ella, subrayándolo por ejemplo en “Algunas reflexiones sobre la historia del derecho patrio” (1978). Escribe:

¿Cómo prescindir en nuestro caso de las particularidades históricas del derecho español, incluyendo el establecimiento de las poblaciones y de los señoríos, las reglas sobre la justa guerra en las partidas, el examen de los fueros, la labor de las Cortes que

llegan hasta las de Cádiz, etc.? [...] ¿Cómo dejar de lado los precedentes del derecho medieval que ofrecen tantas conexiones con los primeros tiempos de la colonización de Hispanoamérica, según lo ha puesto de relieve el historiador belga Charles Verlinden? Y, más tarde ¿puede entenderse nuestro siglo XIX sin el conocimiento de la codificación francesa? Aun el derecho público angloamericano, ¿no hace sentir su influencia en nuestro derecho constitucional? [...] ¿Cabe que los mexicanos o peruanos prescindamos de los antecedentes precolumbinos en materia de organización comunal, de tenencia de tierras, de prestación de servicios personales, o del pago de tributos?

Y concluye Zavala sobre éstas y tantas otras posibilidades “comprendidas dentro de la enseñanza de la historia del Derecho”.³

Silvio Zavala no es, sin embargo, un incondicional de la historia del derecho, como lo muestran sus obras principales, cuyo eje es el trabajo de los indígenas en la práctica más que la tenencia de la tierra y sus transformaciones desde el pasto común del ganado hasta la propiedad de derecho romano. Aunque la riqueza de su obra contribuya también a aclararlo, esto lo dejó en parte a otros y a la importante escuela de derecho de Buenos Aires, por ejemplo. Pero después de todo, ¿no escribía Jean Bodin en el siglo XVI: “il n'est de richesse que d'hommes”? (no hay riqueza sino de hombres).

Silvio Zavala en la historia mundial

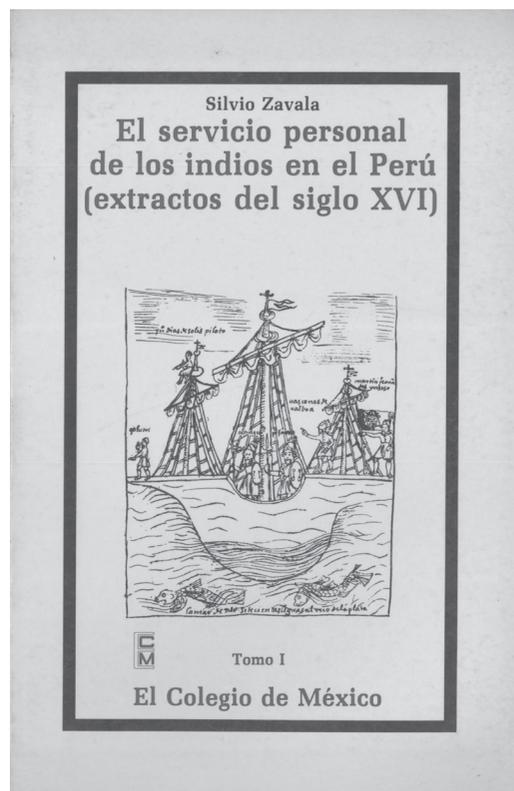
Por los años 1950 se desarrolla una tendencia algo diferente de la de Zavala y de los mejores historiadores de entonces. En efecto se empieza a privilegiar en historia la dimensión “económica y social” expresándola en cifras y curvas. Parecían marcar la vía las dos superpotencias vencedoras de la guerra, cada una por su lado dando una importancia excepcional a la economía y a lo econó-

³ François Chevalier, “Algunas reflexiones,” *Memoria de El Colegio Nacional*, t. IX, México, El Colegio Nacional, 1978, pp. 142-143.

mico. Entonces en Europa, por ejemplo, conocen y admiran (con razón) obras como *American Treasure and Price Revolution in Spain, 1501-1650*, publicada en 1934 por el angloamericano Earl J. Hamilton. Independientemente, en la Unión Soviética el materialismo histórico veía como decisivos los factores económicos, orientando así a los jóvenes de otros países, seducidos por el marxismo, por ejemplo en universidades latinoamericanas. En Francia, Braudel, que admiraba a Hamilton, veía la historia entrar en su etapa estadística, matemática y realmente científica, teniendo discípulos en España (Vicens Vives), en México (Enrique Florescano), Brasil, Italia, etc. Tanto en el resto del mundo como en las dos Américas se abre una era de dominación socioeconómica, con progresos notables y evidentes en este terreno, decisivos, por ejemplo, en la demografía histórica. A pesar de la permanencia y del ejemplo de otras corrientes como la que representa Silvio Zavala, en América se llega a excesos que él denuncia precisamente en una entrevista de 1982 con el conocido historiador Peter Bakewell.⁴ En efecto, para muchos la historia se iba reduciendo, por un lado, a gráficas y curvas, y para otros a “modos” y “relaciones de producción”, estrategias de clases, dependencia, etc. Las instituciones, el Estado, la cultura jurídica, lo religioso [...] parecían “superestructuras”. Aun sin llegar a estos extremos, seguía —y en parte sigue existiendo— cierta tendencia en obras de prestigio a separar de lo económico lo cultural, como si la cultura no fuera funcional en la historia.

Vino una reacción de los jóvenes, incipiente quizás, con los movimientos estudiantiles de 1968, muy críticos y “contestatarios” de todos los conformismos, antiguos o más recientes, como “el economicismo”. Es un hecho que entre las nuevas generaciones de historiadores el concepto de “historia económica y social” en su sentido más estrecho empezó a perder rápidamente su prestigio hacia la década de los años 1970.

⁴ François Chevalier, *Memoria de El Colegio Nacional*, 1, México, El Colegio Nacional, 1982, p. 17. Versión en inglés en François Chevalier, *Hispanic American Historical Review*, 1982.



Aprovechando las técnicas de las computadoras (cuando eran útiles) y conservando las grandes adquisiciones económico-demográficas, procuran ir mucho más allá y lo consiguen. Tratan de comprender los fenómenos asociando lo económico a otras dimensiones: lo sociopolítico, es decir el Estado, las diversas formas de relaciones entre los hombres, las instituciones y el poder, y también lo cultural, o sea las mentalidades, la visión de las cosas, las escalas de valores, lo religioso [...] ¿Pero no representan estos “nuevos” enfoques la indispensable vuelta a la historia equilibrada de Silvio Zavala y de otros maestros? Algunos o muchos ya lo reconocen así.

Tomemos el ejemplo de la historia del derecho, particularmente aludida en el caso de Zavala, y controvertida bajo el nombre de “juridismo” por los historiadores de tendencia socioeconómica más extremista. En 1972, un joven y brillante investigador de El Colegio de México, Andrés Lira, publica ya su tesis doctoral sobre *El amparo colonial y el juicio de amparo mexicano. Antecedentes novohispanos*, para su discurso de ingreso a la

Academia Mexicana de la Historia. En 1988, Lira escoge el tema de la historia del derecho y la historia social, reivindicando el papel importante de la primera en la segunda, que en realidad no es otra que la historia del hombre total. En su respuesta Silvio Zavala juzga tan valiosa su demostración como antes su tesis, añadiendo comentarios propios.⁵ Ambos aluden a Marc Bloch, que ponía en guardia frente a una historia del derecho mal entendida. Ésta cometía el error ya señalado de los que pretenden comprenderlo todo limitándose a una sola dimensión de la historia —refiriéndose, en este caso, a juristas que se ciñen a abstracciones legales, desconociendo a los actores reales y hombres de carne y hueso que tienen que restituir la práctica de los archivos y de la vida—. Pero Marc Bloch, lo mismo que Lucien Febvre, Ferdinand Lot, Altamira, Sánchez Albornoz y Silvio Zavala, sus discípulos y ahora muchos jóvenes, sabían y saben muy bien que no se puede nunca prescindir de las dimensiones institucional, sociopolítica, cultural (aparte de otras) para una comprensión real de la historia. Con ser Bloch y Febvre cofundadores de los *Annales d'histoire économique et sociale*, el primero, colaborador también de la *Revista de historia del derecho* de Madrid, ponderaban las relaciones sujeción y protección en el señorío. Bloch escribió que éste no era sólo una “empresa económica”, sino “un groupe de commandement” —lo que no es ajeno a las primeras encomiendas y a las haciendas—. En cuanto a Febvre, lo recuerdo exclamation por 1950: “¡pasar tantos años haciendo curvas de precios!”, a propósito de una larga tesis empezada sobre este tema. Por su parte, Silvio Zavala nota en 1982 que “ha venido una fuerte tendencia de índole económica y social que ha llegado con el tiempo a la historia cuantitativa —de curvas de precios, de producción y circulación de metales, de cifras de población, de embarques, etc.—, considerada casi como única, lo cual no es cierto”. Todo esto viene con olvido —dice— de las ideas, del papel de ciertos hombres, del “funcionamiento

⁵ Chevalier, “Algunas reflexiones”, p. 146. Los discursos relativos a Lira están en prensa en la *Memoria de la Academia*, 1989.

de las instituciones, en suma [de] la complejidad de la realidad histórica.”⁶

A estas advertencias tan ciertas de Silvio Zavala, añadiremos que a través del mundo actual no pocos historiadores jóvenes parecen comprenderlas, aceptarlas y seguirlas. Aunque poderosa todavía bajo sus varias formas, la tendencia criticada está ya en discusión y debate en todas partes. Entre los angloamericanos, que producen tanto sobre América Latina, la “Cultural Anthropology”, próxima a la etnohistoria, nunca había perdido su influencia; pero ahora los historiadores mismos parecen manifestar una inquietud y un interés nuevos por lo sociocultural y lo político-institucional. En Europa, especialmente en Francia, nuevos enfoques aparecen o aun prevalecen en este mismo sentido. Por otra parte, en los países latinos de América y de Europa, la orientación estrechamente economicista-marxista, tan difundida antes, está perdiendo terreno tanto en la historia como en todas las ciencias sociales.

En la historia de la América hispánica, no sólo Silvio Zavala deja una marca profunda en México, sino que su presencia, su ejemplo y su influencia se sienten a través del continente entero. Más allá de lo americano, su aportación metodológica y conceptual, aun sin expresarse teóricamente, no deja de precisar y reforzar la nueva tendencia de que hemos hablado, aparentemente mundial, que es un puente entre los más jóvenes y los grandes maestros del pasado en la evolución general de la historia. ❧

⁶ Silvio Zavala, “Conversaciones sobre historia”, en *Memoria de El Colegio Nacional*, México, El Colegio Nacional, 1978, p. 17.

La Revista de Historia de América como laboratorio de prácticas**

Al festejarse la publicación de los 200 números de la revista *Historia Mexicana* en 2001, se elaboró un número especial dedicado a otras revistas de historia publicadas en México. A juicio de Javier Garciadiego, tres publicaciones estuvieron ausentes: la *Revista de Historia de América*, *Cuadernos Americanos* y *Mexican Studies*. La primera, fundada en 1938 por Silvio Zavala, era importante porque, a pesar de que trataba de un ámbito continental, sirvió “como único laboratorio en el que se formaron, redactando notas y reseñas, varios de los jóvenes historiadores mexicanos de entonces”.¹

En efecto, como se señala en las siguientes páginas, la *Revista de Historia de América* (RHA) fue un antecedente importante no sólo porque en ella participaron algunos maestros y numerosos estudiantes del Centro de Estudios Históricos (CEH) de El Colegio de México. En ella se practicó de manera sistemática el ejercicio de la lectura y la crítica de documentos para formar historiadores vinculados a la investigación. Sentó las bases de los elementos que debía componer una revista académica de y para profesionales: una publi-

* Doctora en Historia por El Colegio de México, es profesora investigadora de la Universidad de Colima desde 2004.

** Publicamos en este *Boletín Editorial* los dos primeros apartados de este ensayo, aparecido en *Historia Mexicana*, vol. 71, núm. 1, 2021.

¹ Javier Garciadiego, “Revistas revisitadas: ventana a la historiografía mexicana del siglo xx”, *Historia Mexicana*, vol. 51, núm. 2, 2001, pp. 221-231.

LA REVISTA DE HISTORIA DE AMÉRICA

Silvio Zavala y la red de estudios americanistas, 1938-1948

ALEXANDRA PITA GONZÁLEZ
MARÍA DEL CARMEN GRILLO



Pensamiento Latinoamericano

cación que formara al lector especializado por medio de una alta dosis de documentos para sustentar las ideas; un enorme repositorio de libros y artículos de historia para leer y criticar; un espacio donde recordar y homenajear a los historiadores fallecidos; y, por último, un centro de noticias sobre lo que acontecía en el ámbito institucional en el continente. Así, para 1951, cuando se fundó His-

toria Mexicana, la publicación era un modelo por seguir o superar de lo que debía ser una revista dedicada a profesionalizar la historia.

Cabe aclarar que, dada la extensión de este trabajo y a que el análisis de esta publicación es objeto de un estudio mayor,² nos limitaremos a señalar en los primeros dos apartados algunos aspectos de la publicación que permiten delinear sus rasgos más importantes, para a continuación puntualizar la participación de maestros y alumnos del CEH.

Una revista científica y americana

En 1937, los historiadores Silvio Zavala y Lewis Hanke visitaron al geógrafo Pedro Sánchez, director del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH), para proponerle fundar una publicación de historia que tuviera alcance continental. La reunión dio muy buenos resultados y al año siguiente apareció el primer número de la revista. Para comprender su origen, es necesario enunciar tres aspectos significativos de su contexto.

De inicio, la profesionalización de la historia en México, la cual tuvo su mayor auge en las décadas de 1930 y 1940.³ Este proceso se asocia a la funda-

² Junto a María del Carmen Grillo, estudiamos los primeros diez años de vida de la publicación, proyecto financiado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH). Como resultado, se realizó un artículo para señalar las estrategias metodológicas y un libro (en prensa) en el que se analiza en detalle la publicación desde una perspectiva que privilegia el lugar de Zavala como editor, pero que muestra la red editorial y académica que se conformó. Véase Alexandra Pita, María del Carmen Grillo y Fernando Morales, “La datificación como propuesta de análisis. El caso de la *Revista de Historia de América*, 1938-1948”, en *Revista de Historia de América*, núm. 159, 2020, pp. 189-224; Alexandra Pita y María del Carmen Grillo, *La Revista de Historia de América. Silvio Zavala como editor y la formación de redes académicas, 1938-1948* [en prensa].

³ Para que este cambio se produjera, se conjugaron factores políticos internos y externos (la consolidación del régimen revolucionario durante el gobierno de Cárdenas, el impacto de la Guerra Civil española), así como la circulación de un “lenguaje histórico de corte nacionalista liberal” donde se encuentran ya elementos que caracterizarán el discurso de la historia como ciencia —heredera de la búsqueda por alcan-



ción de instituciones académicas: Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM (1935), La Casa de España (1938), el Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939) y El Colegio de México (1940).⁴ Se vincula también con la aparición de revistas académicas, como un medio asociado a la sistematización de la enseñanza de la historia como profesión, lo cual a su vez aumentaba la producción académica de los historiadores.⁵

zar una verdad “imparcial y objetiva, expuesta por el historiador alemán Leopoldo von Ranke—. Guillermo Zermeño, “La historiografía en México: un balance (1940-2010)”, *Historia Mexicana*, vol. 62, núm. 4, 2013, pp. 1695-1742.

⁴ Para Moctezuma Franco, puede observarse la profesionalización de la historia en México cuando se “crean instituciones dedicadas expresamente para formar historiadores”. Abraham Moctezuma Franco, “El camino de la historia hacia su institucionalización”, *Historia y Grafía*, núm. 25, 2005, p. 47. En cambio, para Alejandra Pinal, en 1938 no se institucionalizó la historia, sino que se oficializó como profesión, por lo que es necesario entender que el proceso inicia desde el siglo XIX. Karla Alejandra Pinal Rodríguez, *Vivir para historiar, historiar para vivir. La profesionalización de la historiografía en México, una propuesta revisionista, 1850-1950*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2016, pp. 178-179, 193, 196.

⁵ Wigberto Jiménez Moreno, “50 años de historia mexicana”, *Historia Mexicana*, vol. 1, núm. 3, 1952, pp. 449-455.

Al decir de Luis González, durante esta “fiebre de las fundaciones” se crearon “albergues de la cultura humanística y particularmente cliomática”. El signo de cambio impactó también en el mundo editorial. Se crearon Porrúa, Fondo de Cultura Económica (con su publicación *El Trimestre Económico*), Jus y la imprenta de la UNAM. Aparecen publicaciones periódicas especializadas: *Boletín del Archivo General de la Nación* (1930), *Ábside* (1937), *Divulgaciones Históricas* (1939), *Revista de la Facultad de Filosofía y Letras* (1941), *Cuadernos Americanos* (1941), *Anuario de Historia* y *Revista de Historia de América* (1938).⁶

Esto se asocia al segundo aspecto, que fue la consolidación profesional del propio Zavala, quien para fines de la década de 1930 era ya un historiador reconocido. Ha sido señalada la importancia que tuvieron sus años formativos en España bajo la tutela de Rafael Altamira en la Universidad Central de Madrid y en el Centro de Estudios Históricos, fundado al calor de la Junta de Ampliación de Estudios desde principios de siglo, donde se reunieron muchos de los más destacados historiadores, literatos y filólogos de España, al igual que en la Residencia de Estudiantes. Menos importancia se le ha dado a su participación en la revista *Tierra Firme*,⁷ pero significaría una toma de conciencia de la necesidad de crear espacios de circulación de ideas americanistas para un público interesado en obtener información precisa. En referencia al americanismo, era el lazo que unió a los miembros de la

⁶ Luis González, “Historia de la historia”, *Historia Mexicana*, vol. 15, núms. 2-3 (58-59), 1965-1966, pp. 197-199; Luis González, “La pasión del nido”, *Historia Mexicana*, vol. 25, núm. 4, 1976, pp. 530-598.

⁷ *Tierra Firme* fue una publicación trimestral que apareció entre los años 1935 y 1937. Dependía de la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos. Fue impulsado por Américo Castro y dirigida por Enrique Díez-Canedo. Promovió un “americanismo liberal” que buscaba definir la identidad española a través de la relación con Hispanoamérica. La revista publicó 8 números, pero cesó a consecuencia de la Guerra Civil, pues buena parte de sus miembros se exiliaron. Carmen Mora, “El impulso renovador del americanismo durante la Segunda República: temas coloniales en la revista *Tierra Firme*”, en *Revista Chilena de Literatura*, núm. 85, 2013, pp. 293-318.

redacción de la revista española, entre los cuales se encontraba Zavala.⁸ Como recordaría Antonio Saborit, el levantamiento militar en España, en el verano de 1936, explica el regreso a México de Zavala, pero también el que, al hacerlo, sus primeros pasos hubieran sido incorporarse al ámbito de la investigación histórica y “empeñarse en crear el espacio editorial especializado” que fue la *Revista de Historia de América*.⁹

Entender por qué Zavala buscó la ayuda del IPGH nos remite a otra dimensión del contexto. El organismo regional, dependiente de la Unión Panamericana, cuya sede estaba en la Ciudad de México desde su instalación en 1930, buscó contribuir al avance científico de las disciplinas de la geografía y la historia, y a acercar a los países miembro mediante estos campos académicos bajo el cobijo de la neutralidad científica. De manera indirecta, esta meta ayudaría a limar asperezas con aquellos intelectuales latinoamericanos que veían con recelo —cuando no con francas críticas— al panamericanismo. Además, al ser una publicación del Instituto, permitía abrir la posibilidad de contribuciones de todo el continente en varios idiomas. Permitía también centrarse en una historia compartida (enfocada sobre todo en la época colonial, pero también en los primeros años de la vida independiente), desde una mirada que superara los estrechos límites nacionales. Como se expresaba en el primer número, el conocimiento de los problemas comunes a todos los países del con-

⁸ Bajo la batuta de Américo Castro se agrupó un pequeño grupo de redacción conformado por jóvenes estudiantes: Silvio Zavala, Ángel Rosenblat, Rodolfo Barón Castro, Ramón Iglesia, Raquel Lesteiro. En la revista, Zavala publicó 14 artículos durante un breve periodo de dos años. Salvador Bernabéu Albert y Consuelo Naranjo Orovio, “Historia contra la ‘desmemoria’ y el olvido: el americanismo en el Centro de Estudios Históricos y la creación de la revista *Tierra Firme* (1935-1937)”, *Tierra Firme*, revista de la Sección Hispanoamericana del Centro de Estudios Históricos. Estudio Introductorio e índice, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008, pp. 9-165.

⁹ Antonio Saborit, “Silvio Zavala: en su homenaje”, vol. 63, núm. 3, 2014, pp. 1421-1426.

tinente ofrece una ventaja al permitir “escribir con mayor acierto las historias nacionales”.¹⁰ Erika Pani apunta que el llamado de Zavala a través de la *RHA* “ofrecía menos un programa que un espacio para la historia continental” y lo hacía desde un vínculo institucional que le otorgaba “vuelo político y arraigo burocrático”.¹¹

Una red de historiadores, archivistas y bibliotecarios

El proyecto de Zavala funcionó durante largo tiempo con sus altibajos y cambios coyunturales. La publicación trascendió los límites nacionales para crear una red de colaboradores especialistas que presentaran trabajos de “carácter científico” y no de divulgación. Dado el valor que se le otorgaba al documento, no resultó extraño que esta red estuviera compuesta por historiadores, archivistas y bibliotecarios (o historiadores versátiles que tuvieran dominio de lo que entonces se conocía como ciencias auxiliares).

Esta combinación era fundamental y congruente con el perfil científicista de la revista,¹² la cual se compuso de diversas secciones durante sus primeros años: artículos, reseñas, revistas, notas bibliográficas, noticias y notas necrológicas.¹³ La primera, aunque no ocupó muchas páginas, da muestra de la preocupación por las fuentes documentales, los centros que las resguardan y la visión desde la cual se podían interpretar. La sección dedicada a rendir homenaje a los historiadores fallecidos es significa-

¹⁰ *Revista de Historia de América*, “Propósitos”, núm. 1, marzo de 1938, pp. v y vi.

¹¹ Erika Pani, “Silvio Zavala y la historia de América. Un juego de escalas”, en *Revista de Historia de América*, núm. 155, julio-diciembre de 2018, pp. 177-189.

¹² *Alcancía, Letras de México, Cuadernos Americanos y Filosofía y Letras*, entre otras, representaban la corriente historicista, mientras que la *Revista de Historia de América* representaría la corriente científicista que defendía “el trabajo de archivo y el apego a los hechos en la búsqueda de la verdad histórica”. Moctezuma Franco, “El camino de la historia...”, pp. 50-51, 58.

¹³ Con ciertos cambios: revistas fue incorporada a notas bibliográficas en 1941; noticias aparece en 1945.

tiva al trazar vínculos académicos, pero porcentualmente ocupa un lugar menor. En cambio, las tres secciones dedicadas a comentar las novedades en la producción académica (revistas, notas bibliográficas y reseñas) ocuparon la mayoría de las páginas de cada número. Por su parte, la sección dedicada a las noticias se deslindaba de lo académico para adentrarse en lo institucional.

Aunque la red era representativa de su enfoque internacional, al contar con colaboradores de casi todos los países americanos, se concentró en México, Argentina y Estados Unidos. En el primer país se encontraba la sede del IPGH y el director Zavala, sobre quien recaía la responsabilidad de planear, ejecutar y corregir tanto los aspectos de forma como los de contenido de la publicación. Para ello escribió numerosas cartas a posibles colaboradores, leyó y seleccionó el material, y envió a los autores sugerencias y cambios. Le irritaban los errores, por lo que fue un lector acucioso para detectarlos o enmendarlos con fe de erratas. Estuvo atento a cada detalle del contenido de la publicación, así como de los aspectos técnicos (imprentas, tipo de papel, tamaño de letras, tinta, tiraje, costos). A esta labor sumó otras para asegurar que autores, temas y publicaciones fueran representativas del continente. Junto con Pedro Sánchez (director del IPGH), seleccionó el equipo editorial y a los miembros del Consejo Directivo, a quienes distribuyó la tarea de conseguir buenos trabajos en sus países, al tiempo que solicitó que difundieran los números publicados.

Para ello, conformó un equipo editorial, compuesto por mexicanos y extranjeros radicados por distintos motivos en la Ciudad de México: el hondureño Rafael Heliodoro Valle; los españoles Felipe Teixidor, Agustín Millares Carlo y Javier Malagón; los mexicanos José Ignacio Rubio Mañé, Francisco Monterde, Ernesto de la Torre Villar y Susana Uribe. Aunque parezca un grupo relativamente numeroso, no lo era porque no todos participaron en la misma época. En los primeros tres años (1938-1940), Zavala contaba oficialmente con Teixidor (1938 y 1939), pero en la práctica sólo con Valle, Monterde y Rubio Mañé. El hondureño era parte del Consejo Directivo, no del

Comité Editorial, por lo que su labor se restringía a coordinar y elaborar la mayor parte de las notas bibliográficas. Discrepancias sobre la forma de normalizar las notas, así como retrasos y errores, hicieron que abandonara esta tarea, aunque se mantuvo cercano a la publicación y al Instituto. Los dos mexicanos se encargaban de varias labores: redactar la totalidad de notas para la sección revistas, ayudar a Zavala a corregir, comunicarse con los autores, vigilar el proceso editorial desde el manuscrito hasta las pruebas de imprenta y sobretiros, y hacerles llegar los pagos correspondientes. Otra de las tareas no menores consistía en vigilar con las imprentas la edición para asegurar así la periodicidad y el tiraje. Aunque compartían estas labores con Zavala, recaían en ellos (y fundamentalmente en Rubio Mañé) cuando el director salía en sus viajes de estudios.

Pese a las calamidades de la Segunda Guerra Mundial, este pequeño grupo siguió trabajando desde 1941 hasta 1945 con el reemplazo de Valle, Agustín Millares Carlo, quien —como mencionaremos más adelante—, fue un integrante estratégico para el plan trazado, aunque no aparece como miembro del equipo editorial. En 1946 hubo cierta turbulencia para la revista, pues tras la creación de la Comisión de Historia (presidida por Zavala), la publicación tuvo que realizar algunos ajustes para asegurar su permanencia. A pesar de ello, sus números continuaron saliendo con la periodicidad adecuada y el pequeño equipo (Zavala, Monterde y Rubio Mañé) siguió a cargo. En 1948 hubo un reacomodo importante, pues, aunque Zavala sigue apareciendo como director, se suma Javier Malagón, quien aparece como secretario del editor, mientras como redactores se agregaron los nombres de Agustín Millares Carlo, Ignacio Rubio Mañé, Ernesto de la Torre Villar y Susana Uribe. Todos ellos aparecen de manera conjunta como los “Editores”. Esto no sólo significó la creación de cargos, sino una nueva distribución del trabajo.

El papel protagónico de la revista americanista, editada en México, contribuyó a moderar el predominio intelectual de Argentina y Estados Unidos en este campo, pues, como comunicó Zavala a Alfonso Reyes, “las bases de la investigación moderna

hispanoamericana” descansaban en estos dos países. Reyes entendió bien su argumento al responderles: “hace Usted bien en desear que reforcemos un poco en México las investigaciones hispanoamericanas para ponerlas a la altura de otros países del continente”.¹⁴

En todo caso, no es extraño encontrar las colaboraciones desde Argentina de José Torre Revello y Sara Sabor Vila, quienes aportaron sus esfuerzos en la elaboración de reseñas y notas bibliográficas de la producción de Argentina, Uruguay y Paraguay. La participación de Torre es de destacar porque, en la numerosa correspondencia que entabló con Zavala, se puede observar el trabajo minucioso de selección, ordenamiento y clasificación del material. De hecho, Zavala lo puso como modelo para seguir por todos los colaboradores de reseñas y notas, al señalar en repetidas ocasiones su prolijidad y mesura entre la descripción y el análisis. También debe mencionarse a otro destacado intelectual argentino, Ricardo Levene, quien publicó algunos artículos, pero sobre todo sirvió de enlace con la comunidad de historiadores argentinos.

En el caso de Estados Unidos, el vínculo más fuerte fue con Lewis Hanke, quien apareció en pocas ocasiones como autor, pero tuvo una función relevante como mediador de redes entre la revista y la academia estadounidense. En virtud de ello, Hanke se encargó no sólo de lograr que las editoriales y autores enviaran sus libros y revistas para reseñarse (o al menos lograr una nota), sino de conseguir entre sus compatriotas material para publicar en todas las secciones de la revista, como fue el caso de Bert James Lowenberg, quien se encargó de redactar numerosas notas bibliográficas y reseñas de libros editados en su país. En tanto Hanke fue director de la División de Asuntos Hispánicos de la Biblioteca del Congreso, tuvo una posición privilegiada para obtener materiales valiosos, los cuales nutrieron la revista. ❧

¹⁴ Carta de Alfonso Reyes a Silvio Zavala, 26 de abril de 1939, en Alberto Enríquez Perea (comp.), *Fronteras conquistadas, Correspondencia Alfonso Reyes/Silvio Zavala, 1937-1958*, México, El Colegio de México, 1998, p. 42.

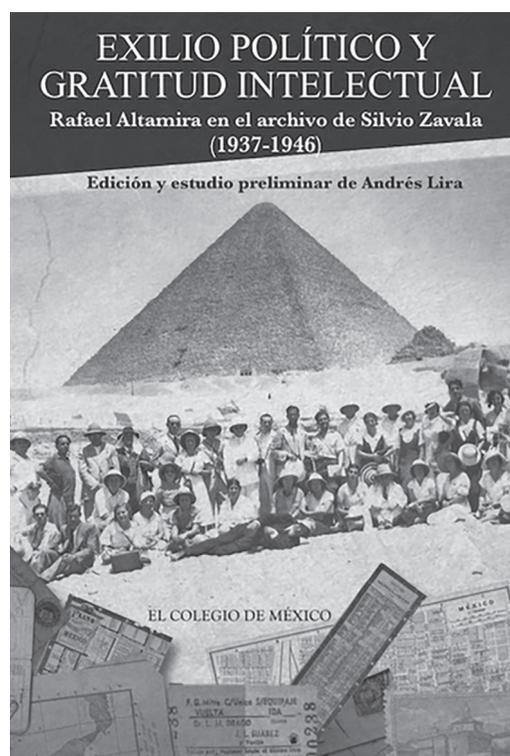
Ojeada a la historia de México*

Los hombres de Asia poblaron el continente americano hace más de diez mil años. Conocían ya el uso del fuego y sabían fabricar artefactos de piedra, de hueso y de madera. Algunos grupos se dedicaron a la pesca, otros a la caza y a la recolección de frutos. Al fin hubo pueblos agrícolas que cultivaron una planta esencial para el alimento americano y que fue aclimatada después en otras partes del mundo: el maíz.

En sus peregrinaciones por las nuevas tierras, los inmigrantes encontraron ciertas regiones favorables a su género de vida, y así poblaron los territorios que hoy conocemos con el nombre de México. Hubo asentamientos en áreas bajas y cálidas como las de la costa del golfo mexicano, pero algunas de las principales agrupaciones se instalaron en las mesetas, donde aún se encuentra concentrada una parte considerable de los habitantes del país.

La cultura material avanzó notablemente. Además del maíz, fueron cultivadas otras plantas útiles, como el frijol, el tomate, el maguey, el cacao, el algodón. Los nativos domesticaron el pavo, empleaban vasijas de barro de gran variedad de formas y colores para guardar y servir la comida, usaban vistosos ornamentos de plumas. Hubo entre ellos sacerdotes, guerreros, comerciantes y clases tributarias. La

* Este ensayo, traducido al francés, apareció en la revista *Nouvelles du Mexique* (París), núm. 1, abril-junio de 1955. Fue publicado en *Historia Mexicana*, vol. 5, núm. 4, pp. 498-505, en 1956.



religión era solar y admitía el sacrificio humano como parte del rito. Descollaron los dibujantes y los escultores. La arquitectura a base de piedra alcanzó gran desarrollo en ciudades con plazas, pirámides, templos y juegos de pelota. El estudio de la astronomía condujo a establecer calendarios muy exactos, asociados a propósitos rituales. Algunas lenguas, como la náhuatl y la maya, llegaron a ser en extremo pulidas.

Este legado de civilización quedó distribuido en varias regiones que todavía conservan huellas notables. Entre ellas se encuentran las ciudades mayas de Chichén-Itzá y Uxmal, los vestigios de esculturas olmecas y totonacas en las costas de Veracruz y Tabasco, las construcciones de los zapotecas en Monte Albán de Oaxaca, la cerámica de los pobladores de la costa de Occidente. En el centro de México surgió la ciudad majestuosa de Teotihuacán y prosperó la de los toltecas de Tula. Una época de luchas termina con el predominio de los aztecas, establecidos en Tenochtitlán desde 1325, sitio que ocupa en nuestros días la capital del país. Como grupos independientes se mantuvieron los habitantes de Tlaxcala y los tarascos de Michoacán. Más al Norte quedaba la vasta región de los nómadas chichimecas. Había otras tribus marginales de limitado desarrollo. En los museos de América y Europa se conservan colecciones de cerámica y escultura de los indios de México que son interesantes desde el punto de vista histórico y artístico.

La otra gran corriente de hombres y de cultura que contribuyó a formar al pueblo mexicano procedía de Europa. Llegaba mucho más tarde que la emigración de los indios, pues la vastedad oceánica que separaba a los continentes europeo y americano no fue vencida hasta el descubrimiento de las Antillas por Cristóbal Colón en 1492. Una expedición de españoles que había salido de la isla de Cuba bajo el mando de Hernán Cortés consumó la conquista de México en 1521, frente a la denodada resistencia de los naturales, alentados por Cuauhtémoc. Grandes cambios en la forma material de la vida, en la composición de la sociedad y en el orden de la cultura siguieron a la penetración europea.

Llegaron el trigo, el azúcar, la rueda, el arado, el caballo, los ganados, los instrumentos de hierro, la moneda acuñada, las armas de fuego, los navíos, la bóveda, la escritura, la imprenta. Un invento, adaptado originalmente en México desde el siglo XVI por Bartolomé de Medina, permitió la extracción de grandes cantidades de plata mediante la amalgama con el mercurio. Estos tesoros produjeron cambios profundos en la economía europea. En México, surgieron reales de minas y se

extendieron las comarcas agrícolas y pastoriles. En las ciudades, de traza por lo común rectangular, fueron edificados templos y casas de piedra, de planta europea. Las carretas y las arrias recorrieron los largos caminos en sustitución gradual del transporte humano. Los agentes del comercio, reglamentado con rigidez por la metrópoli, se encargaban de transportar en las flotas la plata y los productos mexicanos a cambio de vino, aceite de oliva, papel, hierro y mercurio; por el lado del Pacífico, otra línea de navegación unía el puerto de Acapulco con Manila y con el puerto peruano del Callao, y por ella partía la plata de América a cambio de sedas, marfiles y otros artículos del Oriente. Grandes ferias permitían el intercambio periódico de las mercancías en la costa del Golfo, en la del Pacífico y en el interior del país. La colonización extendió los poblados, fortines y misiones por el Norte hasta Texas, Nuevo México y California.

Crecía en la Nueva España —como los colonizadores llamaron al país mexicano— una población criolla descendiente de los emigrantes de Europa. Los aborígenes disminuyeron a causa de las guerras, la sujeción y las epidemias, pero el descenso llegó a ser contenido. Los indios subsistieron en número apreciable, se mezclaron en parte con los nuevos inmigrantes y dieron lugar a la creación de un país mestizo por su raza y por sus elementos de cultura. En ciertas regiones, los negros traídos de África como esclavos acabaron por cruzarse con blancos y con nativos.

El género de gobierno establecido por la monarquía española comprendía, bajo un abundante cuerpo de leyes, el Consejo de Indias y la Casa de la Contratación en la península; de otra parte, el virrey, que tenía a su cargo por cierto número de años la administración política y militar, la Audiencia o tribunal de justicia, los oficiales de Hacienda, los corregidores y más tarde los intendentes encargados de los asuntos provinciales. La administración de las poblaciones estaba a cargo de los ayuntamientos, de antigua raigambre. Hubo sesenta y dos virreyes durante los trescientos años del gobierno hispano. Algunos alcanzaron distinción como gobernantes, ya bajo el periodo de la Casa de Austria en España (por ejemplo, Anto-

nio de Mendoza y Luis de Velasco), ya en el de la Casa de Borbón (como Revillagigedo y Bucareli).

Las costumbres quedaron bajo la influencia del cristianismo. Los misioneros procuraron la conversión y enseñanza de los indios. La Iglesia adquirió prominencia y fue poseedora de vastos recursos. Estableció asilos, hospitales, orfanatorios, casas para doncellas. La ortodoxia de las creencias fue vigilada por la Inquisición. Se edificaron grandes monasterios, parroquias y catedrales. En los colegios y en la universidad, mandada fundar esta última por cédula real de 1551 en la Ciudad de México, se enseñó el latín, la filosofía, la teología, el derecho y otras ciencias. El español se propagó como lengua general, aunque subsistieron las lenguas indígenas. Llegaron a brillar algunos escritores, como la poetisa sor Juana Inés de la Cruz en el siglo XVII.

Los monumentos arquitectónicos, las obras de artesanía, las pinturas, los libros de la época española se conservan al lado de las manifestaciones del pasado indígena tanto en la capital como en las ciudades de provincia: Guadalajara, Valladolid (hoy Morelia), Guanajuato, San Luis Potosí, Querétaro, Puebla, Oaxaca, Mérida. Los estilos artísticos de origen europeo —el plateresco, el barroco, más tarde el neoclásico— llegaron a adquirir notable florecimiento.

En el siglo XVIII, cuando España y sus posesiones de América habían recibido influencias del pensamiento ilustrado, particularmente a través de Francia, se implantaron reformas en la administración y se trató de conceder mayor desenvolvimiento a la producción y al comercio. En varias regiones de México crecieron las fortunas de origen minero, agrícola o mercantil, y las obtenidas en la industria de tejidos de algodón y lana. El refinamiento de las costumbres y el adelanto de los estudios fueron visibles en la capital y en algunas ciudades de provincia. Uno de los establecimientos más notables era el Colegio de Minería. Se llevaron a cabo exploraciones científicas. Quedaron organizados el Jardín Botánico y la Academia de Bellas Artes. Aparecieron las gacetas o primeros periódicos. La urbanización hizo progresos. Edificios suntuosos albergaban la casa de moneda, algunos colegios, hospicios, hospitales, alhóndigas o depósitos de

cereales para prevenir las escaseces. Además de nuevos templos, destacaron en esta época los palacios de las personas pudientes, con amplio patio y nobles proporciones. Algunos acueductos, calzadas, puentes, alamedas y paseos complementaron estas obras de utilidad y ornato.

En contraste con las manifestaciones de riqueza y de civilización, el pueblo carecía de tierras suficientes, estaba sujeto por deudas al trabajo en las grandes haciendas o vivía pobremente en las ciudades, a semejanza de lo que ocurría en Europa bajo la sociedad del Antiguo Régimen.

Al desasosiego popular se unían los anhelos de libertad que se difundieron entre las clases ilustradas bajo la influencia de los escritos de los filósofos y los ejemplos de la Revolución de independencia de Estados Unidos y de la Revolución francesa.

La invasión de la península ibérica por las tropas de Napoleón, en 1808, avivó el ritmo de los acontecimientos.

El logro de la independencia costó grandes sacrificios. Hubo periodos de lucha intensa entre los insurgentes y los ejércitos realistas a partir del 16 de septiembre de 1810. Grandes jefes, como Hidalgo, Morelos y el liberal español Mina, perdieron la vida en defensa de la independencia de nuestro suelo. Muchas regiones, en particular la minera de Guanajuato, sufrieron las devastaciones de la guerra.

En 1821 nace al fin un país libre. Después del breve intervalo del imperio creado por el jefe militar que consumó la independencia, Agustín de Iturbide, bajo cuyo mando estuvieron unidas temporalmente a México las provincias de Centroamérica, se implanta la forma de gobierno republicano en la Constitución de 1824 y se reconoce la igualdad de los ciudadanos por encima de distinciones de raza y condición social. Habiendo terminado el monopolio español del comercio, se entablan relaciones económicas con diversos países, y llegan capitales, ingenieros, negociantes, incluso modistas, que contribuyen a modificar las costumbres. Existe el deseo de educar al pueblo a fin de hacer posible el funcionamiento de las instituciones republicanas.

Estos cambios estuvieron acompañados de luchas internas en las que influye repetidamente el

general Santa Anna. La guerra con Estados Unidos, en 1847, costó al país la pérdida de la mitad de su territorio. De ella quedó vivo el recuerdo de la defensa del castillo de Chapultepec por los cadetes o “Niños Héroes”. Una nueva Constitución fue promulgada en 1857 para consolidar los principios y garantías liberales, y robustecer la autoridad del poder civil.

La contienda interior tuvo repercusiones en el extranjero. Una intervención apoyada por Napoleón III trató de crear un imperio (1864-1867), que fue ofrecido al archiduque Maximiliano de Austria y a su esposa Carlota, princesa de Bélgica. En la campaña militar es recordada la Batalla de Puebla, que se trabó el 5 de mayo de 1862. Tanto en la defensa de la causa republicana como en la resistencia a la intervención, sobresale la personalidad de Benito Juárez, autor del célebre apotegma: “El respeto al derecho ajeno es la paz”. Importantes reformas con respecto a la propiedad eclesiástica, a la administración de los cementerios, el registro civil de las actas de nacimiento, matrimonio y defunción, y a la enseñanza laica, quedaron en vigor después de la restauración de la República. Un discípulo de Augusto Comte, el sabio mexicano Gabino Barreda, había sentado las bases para la reforma de los estudios, que contribuyeron a preparar las nuevas generaciones.

El gobierno democrático no llegó a ser una realidad. La vida política de México quedó sujeta durante tres décadas a la dictadura del general Porfirio Díaz. En este periodo fueron estabilizadas las finanzas, aprobados nuevos códigos, construidas vías férreas extensas y modernizados los puertos. El ministro de educación, Justo Sierra, dio impulso a la enseñanza. Hubo amplia influencia francesa en la arquitectura, el mobiliario, los trajes, los gustos literarios.

La revolución iniciada el 20 de noviembre de 1910 por Francisco I. Madero puso fin a la dictadura. Llegó a ser un vasto movimiento social que dio origen, en 1917, a una nueva Constitución inspirada en principios avanzados. La reforma agraria favoreció a los campesinos, quedaron organizados los sindicatos de trabajadores y la educación popu-

lar fue extendida considerablemente. El petróleo dejó de ser explotado por compañías extranjeras y pasó a depender, en 1938, de un organismo del Estado. Una extensa red de carreteras y las líneas de navegación aérea facilitaron la circulación y el turismo; las relaciones de vecindad con Estados Unidos han influido en las costumbres.

Puede decirse que, en la actualidad, la nación ha evolucionado en todos los órdenes. Ha gozado de paz interna sin dejar de renovar periódicamente a sus mandatarios. Disfruta de libertades. Proclama en el campo internacional el pacifismo y el respeto a los derechos propios y ajenos. Ha recibido a los hombres perseguidos en otras partes de la tierra por motivos políticos o víctimas de las guerras. La población crece hasta alcanzar en la actualidad más de 28 millones de habitantes. Técnicos bien preparados estudian los recursos naturales y modernizan las empresas. Los trabajadores de los campos y de las ciudades gozan de protección legal y de beneficios sociales; no existen los prejuicios raciales; los indígenas son favorecidos. Algunas universidades e institutos disponen de instalaciones modernas; el patrimonio arqueológico e histórico ha sido conservado y es objeto de asiduo estudio; obras de sello original aparecen en la literatura, la pintura y las artes populares.

El viajero encuentra, sin duda, muchos aspectos que los mexicanos quisieran que fueran mejores. Mas el conocimiento de la historia permite comprender la índole de los problemas que, con sacrificio, valor, amor a la independencia y a la libertad, ha tratado de ir resolviendo este pueblo, a la vez antiguo y en proceso de transformación. ❧

VOICES
of Mexico

**FOOD
AS VOICE**

Xanic Galván Nieto, @xan_ic

Issue 125, Spring 2025

MAGAZINE Published entirely in English, brings you essays,
articles and reports about the economy, politics,
the environment, international relations and the arts.



CISAN • UNAM
ISSN: 0186-9418

NOVEDAD EDITORIAL

Diccionario del Español de México



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,

Dirección de Publicaciones, Carretera Picacho Ajusco 20, Ampliación Fuentes del Pedregal, 14110, Ciudad de México
Para mayores informes: Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, o correo electrónico: elibro@colmex.mx



EL COLEGIO
DE MÉXICO

El Colegio es
conocimiento
ciencia y cultura



Publicaciones
El Colegio de México, A.C.